


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

INSTRUCCION
Sobre el Misterio
de la
EUCARISTIA
Como sacrificio,

Tradùcida del Toscano
por

D. Jaime Villa Lopez

En Guatemala

Por los Erederos de Arevalo.
1801.

ADVERTENCIA.

ESta obra es parte de la explicacion de los siete Sacramentos, echa por el Illmô. Sor. Don Antonio Martini Arzobispo de Florencia en varias platicas, que pronunciò en su Iglesia Catedral. Y aunque se daràn todas traducidas, à parecido conveniente anticipar esta, por considerar que serà de grande utilidad à los fieles imprimirla por separado. Se agrega el discurso bien conocido, del P. Juan Croisset sobre el Santo Sacrificio de la Misa, y una traduccion literal de el ordinario de ella. Este tomito facilitarâ el modo de entender, y de oir la Misa debidamente, en lo qual ay mucho que remediar, y nadie se asustarà por el volumen, ni por el precio.

El nombre del Señor Martini, con ser tan conocido y venerado, no es suficiente para dar á conocer el gran merito de esta obra. Los Sabios que la an examinado dicen, que no es el Señor Martini el que abla en ella, sino las Sagradas Escrituras, los Concilios, y los Santos Padres: que su idioma es aquel solo, que nos descorre el sagrado velo para penetrar asta el Santuario de las misericordias de Dios, y los inefables arcanos de su Omnipotencia en el augusto Sacramento de nuesttos altares: Que

es

es una obra llena de uncion, que mueve al paso que instruye: que no puede leerse sin experimentar los mas dulces sentimientos, y tiernos afectos de devocion à los sagrados misterios.

Del merito de la traduccion juzgaràn los lectores, y por ella formaràn juicio del resto de la obra, en que se à puesto el mismo esmero, para conservar en la pureza de nuestro idioma la claridad, fluidez, gravedad, sencillez magestuosa y energia del original.

INSTRUCCION

De la Eucaristia, como Sacrificio.

EL Bautismo ès aquel labatorio de regeneracion, por el qual la Iglesia dà ijos á Dios: La Confirmacion es aquel Sacramento por el qual los ijos regenerados se fortifican en la fè, mediante los dones del Espiritu Santo, y la caridad difundida en ellos; Y la Divina Eucaristia es el manjar y el sustento de la vida espiritual de los mismos ijos de Dios; Y con este orden fueron administrados estos tres Sacramentos, y asta aora se administran à los adultos que entran en la Iglesia, y con el mismo orden debemos tratar de ellos.

Por lo que, abiendo ablado ya de los dos primeros (a), vamos aora á tratar del tercero, que es el mas grande de todos por lo que contiene, que es el mismo *Autor de la fè, y Consumador Jesu-Cristo* (1), Salbador y Dios nuestro. Por tanto se llama por excelencia el *Sacramento*, *el Sacramento del Altar* (2), *la Cena del Señor* (3), *Pan de ijos*, *Pan de Angeles* (4). *Eucaristia* quiere decir, *rendimiento de gracias*, y tiene éste nombre en pri-

(a) *En las platicas precedentes, como se verà quando se publiquen juntas.* (1) *Hebr. XII.* 2. (2) *Ibi. XIII.* 10. (3) *I. Corint. XI.* 20. (4) *Ps. LXXVII.* 25. *Sap. XVI.* 20.

primer lugar por que en su institucion se nota la accion de gracias echa por Cristo al Padre, y se nota, digo, en todos los Santos Evangelistas (1), y en San Pablo (2). En segundo lugar por que la oblacion, y la participacion del cuerpo y de la sangre de Jesu Cristo, se ..ace principalmente en accion de gracias à Dios por sus infinitos beneficios. (3)

La Eucaristià por tanto es Sacrificio, y es Sacramento. Como Sacrificio se dice tambien *Misa*; Como Sacramento se llama *Comunion*.

Ablaremos aora de la Eucaristia en quanto es *Sacrificio*, ydespues trataremos de ella como Sacramento.

Generalmente ablando, por nombre de Sacrificio se entiende qualquier acto de religion, por medio del qual el ombre se ofrece, y se une à Dios (4). Asi las oraciones y las alabanzas que se dirigen à Dios, la contricion, las obras de misericordia, y en genaral todas las obras buenas, se llaman Sacrificios en las divinas Escrituras (5). Pero

(1) *Math.* XXVI. 20. *Marc.* XIV. 22. *Luc.* XXII. 17. (2) *I. Corin.* XI. 24. (3) *S. Just. Martir Apolog. I. n.* 65. *S. Aug. contra advers. Leg. et Profet. lib. I. cap.* XVIII. *n.* 37 (4) *Sacrificium est omne opus, quod agitur, ut sancta societate inhaereamus Deo. S. Aug. de Civ. Dei. lib.* X. *cap.* 16.

(5) *Ps.* XLIX. 14. *lib.* 19. *Ecc.* XXXV. 2. *Hebr.* XIII. 15. *&c*

Pero mas propria y rigurosamente por nombre de Sacrificio se entiende la ofrenda de una cosa exterior y sensible, echa á Dios por un Ministro legitimo, la qual cosa, ó se consume del todo en onor de Dios, ò se convierte en otra. Ofrenda dige, que se ace à Dios en reconocimiento de su patrocinio, y à fin de darle un tributo, qual se debe á su Soberana Magestad. Os explicarè una por una todas estas palabras. El Sacrificio emos dicho, que es la ofrenda de una cosa exterior y sensible, y lo emos dicho para distingir el Sacrificio de que ablamos, del Sacrificio interno è invisible que podemos y debemos acer à Dios de nosotros mismos, ofreciendonos à el para acer en todo su santa voluntad. Este Sacrificio, y esta ofrenda de nosotros mismos no se puede acer sinò por aquel que ama à su Dios mas que todas las cosas: y por esto dice San Agustin que todo el culto de Dios consiste en solo el amor de Dios (1). El sacrificio exterior y visible, consiste en el ofrecimiento de alguna cosa exterior y visible, como en otro tiempo, esto es, en la antigua Ley se ofrecian à Dios animales, bueyes, vacas, aves: y como en la nueva Ley, en lugar de estas cosas se ofrece el cuerpo y la sangre divina de Jesu christo baxo las especies del pan y del vino, como manifestarèmos adelante. Emos dicho tambien, que el Sacrificio

---

(1) *Nec colitur ille (Deus) nisi amando Epist. CXL. cap. 18. n. 45.*

cio es una ofrenda echa à Dios, por que à Dios solo es debido un sumo culto (1). Emos dicho que este ofrecimiento se ace por un Ministro legitimo, esto es, establecido y destinado por Dios. Asi en la antigua Ley correspondia solo à los desendientes de Aaron ofrecer los sacrificios, y en la Ley nueva solo à los Obispos, y à los Sacerdotes legitimamente ordenados, pertenece ofrecer nuestro sacrificio. Se dice ademàs que en el Sacrificio la cosa que se ofrece, ó se destruye totalmente, ò se convierte en otra cosa: y esto lo decimos a fin de distingir el Sacrificio de la simple ofrenda. Quando los Israelitas ofrecieron à Dios oro, plata, y telas preciosas para el servicio del tabernaculo, esta era una simple ofrenda, no un Sacrificio; pero quando los mismos Israelitas degollaban las victimas, y luego las quemaban, ò en todo ó en parte: Quando quemaban la sal, la arina, el incienso: quando la sangre, el vino el agua se derramaban sobre el altar ò en el fuego, estos eran verdaderos Sacrificios, por que se destruian, ò se variaban las cosas ofrecidas. La destruccion efectiva de las cosas que se ofrecian, era un requisito ordinario del Sacrificio, como se vè en las cosas animadas que se mataban, y luego se quemaban en

(1) *Sacrificium certe nullus hominum est qui audeat dicere deberi, nisi Deo... Quis sacrificandum censuit, nisi ei, quem Deus aut scivit, aut putavit, aut finxit. S. Aug. De Civ. Dei. lib. X. cap. 14.*

en todo ò en parte, y en los sacrificios de las cosas inanimadas como la sal, la arina, el azeyte, el agua &c. las quales se consumian sobre el altar. A veces lo que se ofrecia à Dios no se destruia, sino para sacar de su destruccion otra cosa que era la que principalmente se queria ofrecer. Asi quando se ofrecia à Dios el incienso y los perfumes, aquel y estos se consumian para sacar el vapor y el umo que exalaban: y este vapor, y este umo (ò por decirlo mejor, lo que se significaba con ellos, esto es, la oracion y el afecto de los oferentes) era aquello que acia acepto, y agradable el sacrificio: de lo qual procede aquella expresion tan frecuente en la Escritura: *El Señor acepta este sacrificio como un incienso de agradable olor* (1). Y asi en el gran sacrificio de la Misa se ofrece à Dios el pan y el vino, para ser convertidos por medio de la consagracion en el cuerpo y en la sangre de Jesu-Christo: el qual cuerpo, y la qual sangre forman el divino Sacrificio que Jesu-Christo, y la Iglesia ofrecen al Señor. La cosa que se ofrece à Dios en sacrificio se llama *Ostia*, ò *Victima*; pero *Victima* propriamente se dice de las cosas animadas: *ostia* se dice igualmente de las animadas, y de las inanimadas. El acto con que el Ministro ò Sacerdote mataba la vic-

(1) *Exod. XXIX.* 8. *XXV.* 41. *Levit. I.* 9. 13. 17. *III.* 5. 16. *IV.* 31. *&c.*

la victima, se llamaba *inmolacion.* Emos dicho finalmente que el sacrificio es una ofrenda echa à Dios, para reconocer con ella su dominacion; y para darle un tributo, que se debe por toda criatura racional à su Soberana Magestad. Por que el sacrificio exterior, è interior es el modo mas propio con que puede el ombre tributar à Dios el onor y el culto que le son debidos. Dige que para esto es aptisimo el sacrificio tanto interior como exterior, por que en quanto al interior no se puede demostrar mejor el aprecio que acemos de la Soberana Magestad de Dios, que entregandonos à èl sin reserva: lo qual se ace quando se ama à Dios sobre todas las cosas, y en este amor consiste, como emos dicho, el sacrificio interior. En quanto al sacrificio exterior, por su medio manifiesta el ombre à Dios las disposiciones de su corazon àzia el, destruyendo ò consumiendo en onor suyo la cosa ofrecida, ò convirtiendola en otra, viene á declarar à Dios, primero que lo reconoce como absoluto Señor de todas las cosas, y à todas las criaturas como una nada: segundo, que no necesita de los bienes del ombre, quando, ofreciendoselos èl, se destruyen: tercero, que èl ès el Señor absoluto de nuestra vida, y de nuestra muerte, y que estamos prontos á morir como victimas, quando èl lo quiera: quarto, que con el pecado emos merecido la muerte, y no pudiendo darsela el ombre asi mismo, subs-

tituye por eso una victima en su lugar, cuya muerte desea que Dios agradezca en satisfacion de su justicia: quinto, que estamos dispuestos à sacrificarnos y consumirnos en su servicio, como se consumen en su onor las cosas que se ofrecen. De lo qual debeis inferir que todos aquellos que en la antigua ley ofrecian a Dios los sacrificios externos sin acompañarlos con estos sentimientos interiores, no onraban verdaderamente à Dìos, antes le desonraban, por que eran ipócrìtas, declarando con los echos lo que verdaderamente no sentian ni pensaban en su corazon: y por eso semejantes sacrificios eran repelidos por Dios, como muchas veres lo manifestò el mismo por sus profetas. Finalmente, con los sacrificios se dan gracias à Dios por los favores recibidos de el, se implora su misericordia a fin de obtener el perdon de los pecados, y se le piden las gracias divinas que necesitamos.

Todos los ombres estan obligados à ofrecer á Dios el Sacrificio interno y espiritual de su amor, y ésto por muchas razones.

Primera: por que Dios no à echo las criaturas racionales con otro fin, que el de ser onrado y glorificado por ellas: y estas no lo pueden onrar sino con el libre movimiento de la voluntad, que se dirija à él; que es lo que quiere decir amarlo.

Segunda: el deber de sujetarse la criatura

tura à su Criador; y esta sujeccion consiste en querer todo lo que quiere Dios sin restriccion alguna, lo que no puede acerse sino se ama à Dios sobre todas las cosas.

Tercera: emos recibido de Dios todas las cosas, todo lo debemos à Dios, y principalmente nos debemos à Dios nosotros mismos: por esto nos debemos entregar à Dios de justicia, y esto no podemos acerlo sino amandole. Este es el primer sacrificio, y con el ofrecemos à Dios lo que tenemos, y lo que somos, y le tributamos de ello las devidas gracias.

Quarta: en calidad de pecadores tenemos una continua necesidad de la misericordia del Señor, y de aplacar su justicia; y esta justicia no puede aplacarse sino con el amor: se ofende à Dios quando se cesa de amarlo: lo aplacamos, y nos lo acemos propicio quando volvemos à amarlo.

Quinta: finalmente tenemos infinita y continua necesidad de los beneficios y de los auxilios del Señor, y no podemos acernos dignos de ellos, sino vivimos unidos á el por medio del amor.

De todo lo qual aparece claro, que el sacrificio interno es espiritual y necesario, 1. para onrar à Dios como Señor y dueño nuestro: 2. para darle gracias de sus favores: 3. para alcanzar el perdon de los pecados: 4. para alcanzar los auxilios temporales y espirituales.

Nu.

Nuestros progenitores en el Parayso terrestre, siendo puros y esentos de toda mancha y desorden de pecado, se ofrecian ellos mismos á Dios como ostias purisimas, aceptables à Dios (1). Pero despues del pecado, la revelion continua de las pasiones y de la concupiscencia, ace que no podamos ofrecer à Dios el sacrificio de nuestro amor, sinò destruiendo en quanto nos es posible las reliquias de la concupiscencia que nos agitan continuamente. De ay es que no podamos amar à Dios quando y como debemos, sino muriendo à nosotros mismos, esto es, venciendo nuestras corrompidas inclinaciones, y mortificandonos por destruir en nosotros lo que se opone à la voluntad de Dios. Esta muerte, esta destruccion espiritual, sin la la qual no podemos amar á Dios, ace que nuestro amor sea un verdadero sacrificio, sacrificio que debe ofrecerse à Dios en todo tiempo, en todo lugar, no aviendo tiempo ni lugar, en que no estemos obligados à amar á Dios, à estar unidos con el, à vivir y obrar para el solo, y à acer su voluntad, à sujetarnos à las disposiciones de su providencia, y à acernos violencia para cumplir estas grandes obligaciones. E aqui como debe ofrecerse á Dios continuamente este sacrificio, por que en quanto á los actos de amor afectibo, por decirlo asi, no podemos

(1). *S. Aug. de Civ. Dei. XX. 26. n. 21.*

demos exercitarlos continuamente, ni Dios nos pide esto, contentandose con que tales actos se hagan de tiempo en tiempo, para excitarnos nosotros mismos, y despertar nuestra fè.

La obligacion de mostrar à Dios publicamente y por medio de señales sensibles, la reverencia, la gratitud y el amor, que tenemos à su Soberana Magestad, esta obligacion, digo, es sobre la que se funda la necesidad del sacrificio exterior. Este sacrificio además sirve, 1. para mover nuestro corazon por medio de tales signos, y de tales cosas sensibles (las quales hacen en nosotros mas viva impresion que las espirituales) à revertirse de los sentimientos que debemos tener para con Dios: 2. para edificar al proximo, è inducirlo con nuestro exemplo à tributar à Dios lo que le es debido: 3. para obedecer à Dios, que nos manda el culto, no solo interior, sino tambien exterior.

Antes de la Ley de Moysès, estaba en libertad de cada uno ofrecer à Dios todo aquello que estimase ser mas digno de su soberana grandeza, ò mas apto para mostrar la proprìa gratitud. Abel ofreciò lo mejor de su rebaño, Cain frutos de la tierra (1), Noè saliendo del arca, sacrificò aves y animales (2): Melquisedec finalmente ofre-

(1) *Genes. IV.* 3. 4. (2) *Ibi. VIII.* 20.

ofreciò pan y vino (1). En la Ley escrita Dios mismo diò por medio de Moysès à los ebréos las reglas que debian observarse en los sacrificios, especificando la qualidad de las victimas y de las ostias, y las diversas ceremonias de cada sacrificio. Mas finalmente aquellos sacrificìos fueron abolidos por Jesu-Cristo, de quien todos eran sombra y figura, y de quien recibian toda su eficacia; y aora no se puede ofrecer otra victima que el mismo Jesu - Christo, el qual con su sacrificio llenò todos los otros, y nos diò el modo de tributar á Dios un culto digno de su eterna Magestad. Dios no aceptaba los sacrificios de la Ley antigua, sino por respeto al sacrificio de Jesu-Christo, el quàl se figuraba en ellos. Aora que la sombra à cedido el lugar à la verdad, seria acer una injuria à Jesu-Cristo, si se quisiese ofrecerle otro sacrificio que el suyo. Pues era imposible que la sangre de los moruecos y de los toros pudiese aplacar á Dios, y acernoslo propicio, como dice el Apostol (2); era tambien imposible que el ombre pudiese por si mismo aplacar á Dìos con el Sacrificio de su corazon, sino qne era necesario un mediador, que reconciliase al ombre con Dios por medio de su propria sangre. De ay es que no por otro motivo podia Dios agradecer

(1) *Ibi. XIV.* 18. (2) *Hebr. X.* 4.

decer los antiguos sacrificios, sino por que con ellos le demostraban los ombres los internos sentimientos de su corazon, y su fè en el Mesias que esperaban, y de quien en tales sacrificios se representaba, por decirlo asi, la oblacion. La sangre de Jesu-Cristo era lo que anticipadamente obraba la reconciliacion de los pecadores por medio de aquellos sacrificios, y el entero efecto de tal reconciliacion permanecia suspenso asta tanto que esta sangre fuese real y efectivamente derramada. Y de aqui es que todos los santos del antiguo testamento debieron esperar que Jesu-Christo ubiese ofrecido su sacrificio, y fuese ā librarlos del limbo, para llevarlos consigo en triunfo al Cielo, cuya puerta les abia avierto con su sangre, aviendo vencido la muerte como canta la Iglesia: *Deus qui per unigenitum tuum acternitatis nobis aditum, devicta morte, reserasti*: Dios, que por medio de tu Vnigenito, vencida la muerte, nos abriste la entrada à la eternidad. (1).

Dos especies de sacrificios, enceñados y ordenados por Dios mismo, tenia el pueblo ebrèo: los sacrificios de sangre, ò cruentos, y los sacrificios no sanguineos, ò incrumentos. Los sacrificios de sangre eran aquellos que se acian derramando la sangre de las victimas, y de los animales; los no sanguineos

(1) *Orat. Dom. Pasc.*

sangrientos se azian sin derramar sangre, como el sacrificio de la flor de arina, de perfumes &c. Todos los antiguos sacrificios servian para dos fines, como se dixo otra vez: 1. para demostrar à Dios por via de semejante señal externa, el sacrifició interno del corazon: 2. para figurar el sacrificio ofrecido por Jesu-Cristo sobre la Cruz, y que se continua sobre el altar por todo el mundo, en la Iglesia, y en el Cielo, conforme explica San Pablo (1). Los sacrificios de los animales, ò de las aves, inmolados y muertos, significaban à Jesu-Christo que debia ser inmolado sobre la Cruz, y por esto Jesu-Cristo se llama en el Apocalipsi *el Cordero muerto desde el principio del mundo* (2), por que era en cierto modo inmolado en todos aquellos animales, pues que su sangre y su muerte futura daban todo su valor á aquellas victimas antiguas, para azerlas agradables á Dios, y eficazes.

Pero venida la plenitud de los tiempos, y llegada la ora en que Jesu-Cristo debia ser inmolado sobre la Cruz por los pecados de los ombres, en la ultima cena, en la institucion misma de la Eucaristia, instituyó Jesu Cristo el gran sacrificio de los Cristianos, que debia ser asta la fin de los siglos una continuacion perenne del sacrificio mismo de la Cruz: *Tomad y comed* (é aqui las palabras de JesuCristo à sus discipulos) *tomad y comed: este ès mi cuerpo, que és des-*

(1) *Hebr. IX.* 24. 25. 26. (2) *Cap. XIII.* 8.

despedazado por vosotros. Tomad y bebed: esta ès mi sangre que se derrama por vosotros. Con las quales palabras quiere Jesu Cristo significar la mistica inmolacion, y la oblacion que hizo entonces en la misma Cena de su cuerpo y de su sangre por la salud de los ombres: y èsta oblacion, y este sacrificio ès el que entre los Cristianos, de mas de trece siglos à ésta parte, se llama comunmente *Misa*.

La Misa pues contiene y és el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de Jesu Cristo: el qual cuerpo y sangre se ofrecen por JesuCristo y por la Iglesia con el Ministerio de los Sacerdotes, bajo las especies de pan y de vino, para continuar y representar el sacrificio de la Cruz. Se ofrece pues à Dios en la Misa por los Ministros legitimos, esto és, por el Obispo y el simple Sacerdote, el cuerpo y la sangre de Jesu Cristo, oculto bajo las visibles especies de pan y de vino. Y ésto os aze entender, ermanos carisimos, que és un mismo sacrificio el de la Misa, y el de la Cruz. Y por qué? Por que se ofrece la misma victima, el mismo JesuCristo. En el sacrificio de la Cruz, JesuCristo ofrecido victima por nuestros pecados, verdadera y efectivamente murió: sobre nuestros altares se representa solamente la muerte del mismo JesuCristo: y por esto el sacrificio de la Misa se llama sacrificio incruento, ó no sangriento, por què se aze sin derramamiento de sangre. El

pan

pan y el vino se convierten en la Sangre viva y vivificante del Salvador, que á sido y será por todos los siglos ostia de propiciacion para nosotros. Mas oid como explica el Concilio de Trento la esenciá del gran sacrificio de los Cristianos: *JesuCristo nuestro Señor debìa ofrecerse á si mismo una vez á Dios Padre, muriendo sobre el altar de la Cruz, para obrar la redencion eterna de todos los ombres; pero como su Sacerdocio no abia de acabarse con su muerte, dejó â la Iglesia, su amada esposa, un sacrificio visible . . . Sacrificio que representâse el sacrificio sangriento de la Cruz y conserbase la memoria del mismo sacrificio de la Cruz asta la fin del mundo, y nos aplicase su saludable virtud para la remision de los pecados, que diariamente cometemos. En la ultima Cena, y en aquella noche misma en que fué entregado, declarando que él era el Sacerdote constituido para todos los siglos, segun el orden de Melquisedec, ofreció al Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino: y constituyendo á sus Dicipulos Sacerdotes del nuevo testamento por estas palabras* ,, aced èsto en memoria de mi,, *les ordenô, y à sus succesores en el Sacerdocio, que ofreciesen el mismo Cuerpo, y la misma Sangre.* (1.)

El Sacrificio pues de la Misa, como ex-

(1) *Sess. XXII. de Sacrif. Miss. cap. I. et Can. II.*

explica el Concilio, fué instituido para representar el sacrificio sangriento ofrecido una vez en la Cruz: para conservar la memoria del mismo sacrificio de la Cruz: y para aplicarnos su virtud para la remision de los pecados. De ai sigue diciendo el mismo Concilio (1), que és una sola y misma victima la que se ofreció y sacrificó en la misma Cruz, y la que aora se ofrece sobre el Altar por las manos de los Sacerdotes: es decir, que el mismo JesuCristo ofrecido y sacrificado en la Cruz por la salud de los ombres, se ofrece en la Iglesia para el mismo fin por los Sacerdotes en el sacrificio de la Misa. La unica diferencia que ay entre el sacrificio de la Cruz y el de la Misa, consiste en que en el sacrificio de la Cruz la Sangre del ijo de Dios fué efectivamente derramada por los pecados de los ombres; pero en el sacrificio de la Misa no ay el derramamiento de la Sangre, ni la verdadera muerte de JesuCristo, y si una representacion misteriosa de la misma muerte del Salvador: por cuya causa el sacrificio de la Cruz se llama y fué sacrificio cruento, y el sacrificio de la Misa se llama sacrificio incruento, ó sea no sangriento.

Mas como emos dicho, se alla en la Misa una viva representacion de la muerte del Salvador, y oid atentamente el como, amadisimos ermanos. Es cosa sabida de todos los Cristianos, y lo explicaremos despues

(1) *Sess. cit. cap. II.*

pues, que JesuCristo todo entero se alla despues de las palabras de la consagracion, tanto bajo la especie del pan, quanto bajo la especie del vino, de tal suerte que bajo la especie del vino se contiene no solo la sangre, mas tambien el cuerpo divino de Jesu Cristo, y bajo la especie del pan se contiene el cuerpo, y tambien la sangre del Salvador. Pero ésto no sucede, sino por que el cuerpo de JesuCristo, siendo cuerpo de un ombre vivo, no puede estar sin la sangre. Por lo demas las palabras de la consagracion: *Este és mi cuerpo, esta ès mi Sangre*, por la virtud que las dió JesuCristo mismo, no son destinadas à traer bajo la especie de pan, otra cosa que el cuerpo, y bajo la especie de vino, no son destinadas a traer sino la sangre de JesuCristo, de tal forma que quando el Sacerdote pronuncia las palabras de la consagracion: *Este ès mi Cuerpo*, el Cuerpo solo, y quando dice: *Esta ês mi sangre*, la sangre sola es lo que intenta azer presente en virtud de las mismas palabras. Con que ésta separacion del cuerpo y de la sangre, y de la sangre y del cuerpo, significadas y representadas por las diferentes especies de pan y de vino, y por la distinta consagracion que se aze de ellas, segun la institucion y el ejemplo de Jesu Cristo, és una viva figura y representacion del derramamiento de la sangre, y de la violenta muerte de JesuCristo, como que separando la sangre del cuerpo de un ombre,

el

el ombre muere. La misma consagracion separada del cuerpo de Cristo bajo las especies de pan, y de la sangre bajo las especies de vino, representa la separacion del cuerpo y de la sangre de JesuCristo, echa sobre la Cruz. JesuCristo pues descendiendo á nuestros altares, oculto bajo las especies de pan y de vino, y como en estado de muerte, renueva continuamente la memoria de aquella altisima obediencia, con que se sujetó *asta á la muerte, y á la muerte de Cruz* (1): se ofrece à su eterno Padre, é implora su misericordia por nosotros, poniendo delante de los ojos de su mismo Padre la voluntaria y cruel muerte que sufrió por los ombres, y el precio exuberante é infinito con que nos rescató.

¿Pero qual és la parte que tienen los Cristianos en semejante sacrificio? Quando nosotros consideramos lo que Jesu Cristo aze en éste misterio: quando con los ojos de la fé lo miramos presente sobre el altar, nos unimos à él, lo presentamos á Dios, como nuestra unica victima, y nuestro unico medianero, echo tal con el derramamiento de su propia sangre; y esta sangre, y el infinito merito de su muerte, ofrecemos al Padre: y en calidad de miembros del mismo JesuCristo, en èl, y por èl, y con èl, nos ofrecemos tambien nosotros mismos à la Majestad del Señor, como victimas santas, y agra-

(1) *Philip. II. 8.*

agradables à sus ojos. Por que en el sacrificio de la Misa no solamente JesuCristo se ofrece à si mismo, sino que como cabeza de la Iglesia, ofrece la misma Iglesia, que es su cuerpo mistico, y à todos los fieles que son miembros del mismo cuerpo: y asi como en el sacrificio de la Cruz murió Cristo para purificarnos de nuestros pecados, y para ofrecernos à Dios (1), asi en el sacrificio del Altar nos ofrece consigo como su pueblo, su erencia, su conquista. *Toda la ciudad de los creyentes*, dice San Agustin, *esto és, toda la congregacion, y la sociedad de los fieles, es ofrecida à Dios en sacrificio universal por las manos de aquel Sacerdote grande, el qual se ofreció à si mismo en la pasion por nosotros, afin de que pudiesemos ser miembros de tal cabeza* (2). Y à este modo la Iglesia, presentando à Dios el sacrificio de su cabeza divina, se ofrece à si misma, junta con el: por lo que mutuamente és ofrecido Cristo por la Iglesia, y la Iglesia por Cristo, como notó el mismo Agustino (3). De ai és que animados nosotros con tales sentimientos de viva fé, comulgamos juntamente con el Sacerdote el cuerpo y la sangre de la victima santa efectiva, ó á lo menos espiritualmente.

Quando en la antigua Ley se ofrecian á Dios victimas por el pecado, tenia ordenado

(1) *I. Petr. III.* 18. (2) *De Civ. X.* 6.
(3) *ibi Cap. XX.*

denado Dios que el pecador no pudiese participar ni comer de la carne de las victimas (1). Una parte del animal sacrificado se quemaba sobre el altar: la otra servia de manjar y de alimento para los Sacerdotes. El ser asi privado el pecador de la participacion de la victima ofrecida por el, servia para azerle comprender que no estaba todavia perfectamente reconciliado con Dios, y tenia necesidad de otra victima infinitamente mas ezcelente para obtener el perdon de sus pecados, y esta victima era Jesu Cristo. Pero por que con la oblacion de Cristo sobre la Cruz y sobre el altar, se aplaca Dios efectivamente con los pecadores, se borran nuestros pecados, y nosotros venimos à ser reconciliados con el Padre: por esto nosotros somos admitidos todos á participar de la carne santisima del ijo de Dios, ofrecida por nosotros, y de su sangre derramada por nosotros. De ai és que el Sacerdote, despues de aber comido el cuerpo divino, y bebido la sangre del Salvador, inmediatamente aze participantes, y distribuye en la comunion á los fieles la misma carne santa é inmaculada del cordero de Dios, que á ofrecido por ellos. Ved, carisimos ermanos, qual és el sacrificio de la religion cristiana: sacrificio digno de la nueva alianza, en la qual se ofrece la misma victima, ofrecida ya, y santificada sobre la Cruz: sacrificio

(1) *Levit. VI.* 25. 26. *VII.* 1. 7.

cio que abraza en si todos los fines y frutos que se encubren y se figuran en los sacrificios de la antigua Ley, como demostraremos luego: sacrificio por cuyo medio, segun la expresion del santo Concilio de Trento, *obtenemos misericordia, y allamos el socorro de la gracia en nuestras necesidades siempre que nos llegamos à Dios contritos y penitentes, con sincero corazon y verdadera fé, y con espiritu de temor y de respeto* (1): y por medio de esta incruenta oblacion recibimos en abundancia el fruto de la oblacion sangrienta echa sobre la Cruz.

Mas à fin de dar à conocer mejor, y entender la naturaleza y la excelencia de nuestro gran sacrificio, acerquemonos mas à examinar, 1. á quien se ofrezca: 2. por medio de quien es ofrecido: 3. en favor de quien se ofrece: y 4. finalmente por qué fines y por qué causas se ofrezca. De la explicacion exacta de estas cosas espero que formareis cada vez mas justa idea de la santa Misa.

I. Aquien se ofrece el sacrificio del Altar? El sacrificio se ofrece solo á Dios, por que á Dios solo deben generalmente los ombres qualquiera sacrificio, conforme emos explicado anteriormente. Pero qué se quiere significar quando se dice, por ejemplo, *la Misa de la Santisima Virjen, Misa de San Pedro, ó de San Pablo, ò de algun otro*

D

(1) *Conc. Trid. de Sacrif. Miss cap. II*

otro Santo, cuya fiesta se celebra? Este modo de ablar no quiere decir que el sacrificio de la Misa se ofrezca á la Virjen Santisima, ó â aquellos Santos, sino que aquel sacrificio, que se ofrece á Dios solo, se ofrece y se celebra en memoria de la Virjen ó de aquellos Santos. Oid sobre esto la bella doctrina del Santo Concilio de Trento. *Aunque sea costumbre de la Iglesia celebrar tal vez Misas en onor y memoria de los Santos, con todo eso el sacrificio no se les ofrece à ellos; sino à solo Dios, el qual â santificado, glorificado y coronado a los mismos Santos. Por lo que el Sacerdote celebrante jamas á usado decir: te ofrezco el sacrificio, ò San Pablo, sino que, dando con el sacrificio gracias al Señor por las victorias conseguidas por los Santos, implora su patrocinio à fin de que se dignen interceder por nosotros en el Cielo aquellos, cuya memoria se onra por nosotros acà en la tierra* (1). De las quales palabras debeis entender, que en el sacrificio de la Misa que se ofrece solo à Dios, se aze memoria de los Santos 1. para alabar y dar gracias al Señor de las victorias que les á echo conseguir por medio de su gracia, y de la gloria con que los á coronado: 2 para ofrecernos à Dios con Jesu-Cristo juntamente y con ellos: 3. para significar que tenemos esperanza de gozar

(1) *Sess. XXII. de Sacrif. Miss. cap. 3.*

zar de los frutos, y de la virtud del mismo sacrificio, como ellos los an gozado: 4. finalmente para alcanzar de ellos que unan sus oraciones con las nuestras, afin de que se digne inspirarnos las disposiciones interiores, necesarias para participar de los frutos del mismo sacrificio.

II. Despues de aber explicado á quien se ofrezca el sacrificio del altar, debemos aora decir por medio de quien se ofrece. El primero y principal Sacerdote de este sacrificio enteramente celestial y divino, es Jesu Cristo mismo, por que él és el que convierte el pan en su propio cuerpo, y convierte y transustancia el vino en su propia sangre: y el es el que obrando esta inefable conversion, se ofrece á su Eterno Padre en qualidad de victima, y en estado de muerte bajo los simbolos y las apariencias del pan y del vino. *JesuCristo*, dice San Agustin, *JesuCristo es nuestro Sacerdote, el és el que ofrece nuestro sacrificio, asi como ès la victima que se ofrece. Per hoc et Sacerdos est, ipse offerens, ipse et oblatio* (1). Asi en la ultima Cena, en el dia antes de su muerte, ofreció á Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino: y en la misma Cena, despues de aber dado su mismo cuerpo, y su misma sangre à los Apostoles, añadió Jesu-Cristo: *azed esto en memoria de mi*: lo que quiere decir

(1) *De Civit. Dei. lib. X. cap.* 20.

cir, azed lo que veis que ago yo aora, azedlo en memoria de mi: azedlo en memoria de la muerte que voy á sufrir muy en breve, azedlo en memoria del misterio de la redencion del mundo, que debe cumplirse por mi en la Cruz. Con las quales palabras instituyó el Salvador un nuevo orden de Sacerdotes, dando a sus Apostoles, y à los successores de èstos, la potestad de consagrar el pan y el vino, convirtiendolo en el cuerpo y en la sangre de Jesu Cristo, y de ofrecer à su imitacion el mismo cuerpo y la misma sangre. Los Obispos pues, y los Sacerdotes, son en el sacrificio de la Misa Ministros y lugartenientes de Jesu Cristo, asociados por èl à su Sacerdocio: de ellos à querido servirse como de instrumentos animados para consagrar y ofrecer su cuerpo y sangre. Y de aqui ès que en la Misa no son los Sacerdotes propiamente los que ablan, azen, y obran, sino mas bien Jesu Cristo es el que abla por boca de ellos, y por sus manos se ofrece al Eterno Padre. Por lo qual el Sacerdote celebrante, quando llega el acto de consagrar el pan y el vino, no abla en propia persona, sino en persona de Jesu Cristo, diciendo: *Este es mi cuerpo*: *esta es mi sangre*. Tal es el Ministerio del todo divino que Jesu Cristo à confiado à los Sacerdotes de la nueva Ley, dandoles en la ordenacion potestad sobre su cuerpo, y sobre su sangre

gre divina, para azerlo descender sobre el altar, y ofrecerlo en su nombre por la remision de los pecados.

Pero el Sacerdote en el altar no representa solamente la persona de Jesu-Cristo, sino tambien todo el cuerpo de los fieles, toda la Iglesia. El Sacerdote en el sagrado altar, à màs de azer las vezes de Jesu Cristo, representa tambien à toda la Iglesia de JesuCristo, ó á nombre de la Iglesia, y como su diputado, ofrece y presenta à Dios juntamente con la victima santa, sacrificada por nuestra salud, ofrece digo, las alabanzas, las gracias, las oraciones de la misma Iglesia. Asi enseña el sacrosanto Concilio de Trento, que *JesuCristo despues de aber comido con sus dicipulos el Cordero pasqual, instituyó la nueva Pasqua, dandose â si mismo para ser ofrecido è inmolado bajo las visibles especies, à nombre de la Iglesia, por las manos de los Sacerdotes* (1). El sacrificio pues de là Misa no es sacrificio del Sacerdote solo, sino de toda la Iglesia, la qual por mano del Sacerdote mismo presenta à Dios el cuerpo y la sangre de su Redentor. Aun digo mas: el sacrificio de la Misa ès ofrecido visiblemente por solo el Sacerdote, pero invisible y espiritualmente ès ofrecido en particular por cada uno de los mismos fieles. Verdad de sumo consuelo para los fieles, y

(1) *Sess. XXII. de Sacrif. Miss. cap. I*

y segun la qual el Apostol San Pedro no tuvo dificultad en decir, que todo cristiano de qualquier condicion, de qualquier sexo, tiene parte en cierta manera en el Sacerdocio Cristiano: *Vos genus electum, regale Sacerdotium* (1). *No son*, dice el gran Pontifice Inocencio III, *no son solo los Sacerdotes los que ofrecen, sino tambien todos los fieles: por que aquello que especialmente se executa por el ministerio de los Sacerdotes, se obra universalmente por los deseos de todos los fieles* (2). Lo qual quiere decir que todos, y cada uno de los fieles se unen con el mismo espiritu de fe y de amor al Sacerdote que ora por ellos, y por ellos y à su nombre ofrece el sacrificio. Por ésta razon despues de ofrecido sobre el altar el pan y el vino, despues de labadas las manos, antes de comenzar el canon de la Misa, el Sacerdote, volviendose al pueblo asistente, pronuncia aquellas preciosas palabras: *Orad, ermanos*, y sigue diciendo, *para que mi sacrificio, que tambien lo és vuestro, sea agradable á Dios Padre Omnipotente*: y al fin del *Memento* de vivos „ *Acordaos, Señor, de todos vuestros siervos, que estan aqui presentes, por los quales os ofrecemos, ò los quales os ofrecen este sacrificio de alabanza*. Vease en qué manera ès ofrecido el tremendo misterio de la Misa, 1. por Jesu

(1) *I. Per. II. 9.* (2) *De Mist. Miss. lib. 3. VI.*

JesuCristo, que ès el solo Sacerdote sumo, á quien se debe sin restriccion este nombre, por que él ès el que à echo la inmolacion real de la victima ofrecida: 2. por los Sacerdotes, por cuyas manos ès misticamente sacrificado, y ofrecido sobre el altar, segun el poder que les à dado el mismo JesuCristo: 3. por la Iglesia, y por cada uno de los fieles, los quales se unen à Jesu Cristo, y à los Sacerdotes, para ofrecer èste mismo misterio, y para ofrecerse tambien à sì mismos en sacrificio juntamente con Jesu Cristo; pero de esto ultimo ablaremos mas largamente quando se trate de las disposiciones para oir bien la Misa.

III. Veamos aora en favor de quienes se ofrece el sacrificio de la Misa.

La Misa se ofrece jeneralmente, en primer lugar por los vivos, y en segundo por los muertos. Sè ofrece por los vivos, y principalmente por los Cristianos catolicos; pero aun los ereges, los cismaticos, los infieles, no son del todo excluidos de la oracion de la Iglesia en el gran sacrificio. La Iglesia, rezando en la Misa la oracion Dominical, en aquella peticion con que pide à Dios la glorificacion de su nombre, *Sanctificetur nomem tuum*, *Santificado sea tu nombre*, viene â pedir à Dios el arrepentimiento y la conversion de los ereges, y de los cismaticos, y que los ilumine, y llame à la fè à todos los paganos, y

à todos

á todos los infieles: lo qual pide mas distintamente una vez en el año en la Misa del Viernes Santo. La Iglesia animada del espiritu de caridad de su divina Cabeza y Maestro, sabiendo que tales oraciones son agradables à Jesu Cristo, *el qual desea que todos los ombres se salven, y lleguen à conocer la verdad* (1), la Iglesia digo, no excluye del fruto de su sacrificio à ninguna suerte de personas, sean fieles ò infieles, ereges ò catolicos, aunque principalmente y en modo mas especial recomienda à Dios los catolicos. Se ofrece en segundo lugar el sacrificio por los difuntos, esto es, por las almas de aquellos que an fallecido en estado de gracia; pero que teniendo que pagar à la justicia divina algunas deudas, estan detenidas en el fuego del purgatorio para satisfacerlas (2). El fin pues, por que ofrece la Iglesia las Misas por los difuntos, es el de alcanzarles de Dios, que en virtud de su sacrificio sean aliviadas sus almas en los tormentos que sufren, ó libradas enteramente de ellos para ir à gozar de Dios en el parayso (3). Pero no debo dejar de apuntar, y refutar, aunque sea de paso, algunos errores, que corren entre las personas no bien instruidas à cerca de las Misas, que se ofrecen por sufrajio de los difuntos.

En

---

(1) *I. Timot. II. 1.* (2) *Conc. Trid. Sess. XXII. de Sacrif. Miss. cap. II.*
(3) *S. Aug. Enchir. cap. CX. n. 29.*

En primer lugar pues conviene notar que el valor del sacrificio de la Misa ès infinito; pero este merito le aplica Dios à las almas de los difuntos segun las reglas de su justicia y misericordiosa providencia, y particularmente à proporcion de la fè y de la caridad que tubieron los difuntos quando vivian (1), y â proporcion tambien de la fé y de la caridad de aquellos que azen celebrar las misas por los difuntos. En segundo lugar seria error creer que por que el sacrificio de la Misa alivie à los difuntos, sea necesario que se diga precisamente la Misa que se llama de *difuntos*. Es antigua costumbre de la Iglesia permitir que se ofrezca el sacrificio de la Misa por todo difunto en particular en el dia de su muerte, al tercero, al septimo, al mes, y en el dia aniversario. En tales dias, si el rito lo permite, conviene que la Misa que se celebre, sea de *Requiem*; pero fuera de estos dias los Sacerdotes deben decir la Misa segun el oficio correspondiente, y el pueblo no debe pretender que siempre que quiere se diga Misa por un difunto, sea de *requiem*: por que aun en la Misa de vivos (para usar del modo comun de ablar) se puede rogar y se ruega por un difunto particular, y aun se ofrece en particular por él el Sacrificio. El tercer error ès el de imajinarse

(1) *S. Aug. lug. cit. Id. Lib. de Cura pro mort. ger. cap. XVIII. n. 22.*

jinarse que pueda suceder nunca que la Misa se celebre por alguno en particular, v. g. por él que à dado la limosna, de modo que aproveche á aquel solo. De que proviene que aya tal vez Cristianos que piensen aber en el purgatorio almas abandonadas y sin alivio, por que no tienen por ejemplo, amigos ni parientes que ofrezcan à Dios oraciones y Misas por ellas. Emos dicho desde el principio que la Misa es el sacrificio universal de toda la Iglesia, que lo ofrece por todos los vivos y los muertos; y aunque la Misa se diga alguna vez especialmente por alguna persona particular, con todo en la misma Misa pide la Iglesia por todos, y por todos ofrece el Sacrificio: Por lo que con respecto à las almas que pueden estar en el purgatorio olvidadas de sus parientes, dice San Agustin, que la Iglesia, madre comun de los Cristianos, las aze este oficio de caridad, pidiendo por todos aquellos que àn muerto en su comunion (1): y entiendasè lo mismo à proporcion para consuelo de tantos pobres Cristianos que no tienen posibilidad para mandar celebrar Misas por sus almas en vida ó en muerte.

IV. Resta finalmente ver para què fines se ofrece el santo sacrificio de la Misa. Digo pues que este Sacrificio se ofrece para todos aquellos fines por los quales el

(1) *Lib. de Cura geren pro mort. cap. IV. n. 6.*

el Pueblo Ebreo ofrecia sus sacrificios en la antigua Ley, segun el orden que el mismo Dios les abia dado.

Por tanto el Sacrificio de la Misa és en primer lugar un olocausto, ò sea sacrificiò de adoracion, esto és, sacrificio ofrecido á Dios en reconocimiento de su soberana grandeza y majestad: por que Jesu-Cristo se ofrece todo entero en la Misa à Dios Padre, en la misma forma que se ofrecio una vez sobre la Cruz, y en la misma tambien que se ofrece continuamente en el Cielo: y los fieles no pueden onrar á Dios con acto alguno de religion que le sea mas acepto, que ofreciendole à Jesu-Cristo, y ofreciendosele à si mismos juntamente con él.

En segundo lugar el sacrificio de la Misa es un sacrificio de propiciacion (1), esto és, que se ofrece por la expiacion y remision de los pecados. Asi se vé manifiestamente por las palabras mismas de la institucion del propio Sacrificio: *Este ès mi cuerpo, despedazado por vosotros: Esta ès mi Sangre, que se derrama por vosotros para remision de los pecados.* Y á la verdad, ¿ què cosa pudo ser ó imajinarse mas propia para aplacar á Dios, y azernoslo propicio, que ofrecerle el cuerpo y la Sangre de su ijo unijenito, sacrificado por nosótros

(1) *Conc. Trid. Sess. XXII. de Sacrific. Miss. cap. II.*

nosotros sobre la Cruz ? Si el sacrificio de los animales degollados y ofrecidos a Dios en la antigua Ley tenian alguna eficacia para aplacar la ira del Señor, no tenian esta eficacia sino en virtud de la sangre de JesuCristo, de que eran figura aquellas victimas, ¿ quanto mas puede servir para aplacar à Dios y azernoslo propicio el cuerpo y la sangre de JesuCristo, ofrecido y sacrificado no en figura, sino real y verdaderamente ? El Sacrificio pues de la Misa és por su naturaleza sacrificio de propiciacion, puesto que no solo representa la muerte que padecio JesuCristo por nuestros pecados, sino que mas real y efectivamente contiene la misma victima santa, sacrificada en la Cruz por los pecadores: la qual victima se ofrece por los mismos pecadores: *Pasio Domini est sacrificium, quod offerimus* (1). Pero de què modo el Sacrificio de la Misa és un sacrificio propiciatorio, esto és, en què manera el sacrificio de la Misa alcanza el perdon de los pecados ? Lo primero la Misa oida con espiritu de fé viva, alcanza de Dios la remision de los pecados veniales: y lo segundo en quanto á los mortales, el efecto de la Misa ēs mover à Dios à compasion àzia los pecadores, y alcanzarles del mismo Dios las gracias de la penitencia, y las disposiciones necesarias

(1) *Ciprian. Epist. LXIII. ad Caecil.*

necesarias para convertirse (1): y en esta misma manera fué propiciatorio el Sacrificio de la Cruz, del qual recibe toda su eficacia el Sacrificio de la Misa.

En tercer lugar la Misa ès un Sacrificio de accion de gracias, y por èsto justamente uno de los nombres con que suele llamarse, es el de *Eucaristia*, que quiere decir demostracion de gratitud, ò accion de gracias. Con este sacrificio pues demostramos à Dios nuestra gratitud por los infinitos beneficios que de èl emos recibido, y que recibimos continuamente. Persuadidos, como lo estamos, de que nada tenemos que tributar al Señor, que sea digno de sus infinitas misericordias para con nosotros, le ofrecemos à su mismo divino ijo, le presentamos el caliz de la salud, y la ostia de alabanza y agradecimiento que le és sumamente grata y acepta.

En quarto lugar finalmente la Misa ès un sacrificio de impetracion, esto ès, Sacrificio que se ofrece à Dios para alcanzar todos los auxilios y todos los bienes, asi espirituales como temporales, que necesitamos. Pero el objeto principal, y aun en cierto modo el vnico por que la Iglesia ofrece su sacrificio, son los bienes futuros. Y de aqui es que JesuCristo (el qual emos dicho ser el gran Sacerdote que ofrece)

(1) *Conc. trid. Sess. XXII. de Sacrific. Miss. cap. II.*

ofrece el sacrificio de la Misa) JesuCristo, digo, ès llamado por el Apostol San Pablo, Pontifice de los bienes futuros, *Pontifex futurorum bonorum* (1). Los bienes eternos son los que el promete à sus fieles, y à estos bienes solos quiere que aspiren con todo el afecto de su corazon. Mas para conseguir estos bienes eternos, para conseguir la eterna salud, nos pueden servir de auxilio y de medio los bienes temporales, y por esta razon, y con este fin è intento nos ès permitido desear tales bienes y pedirlos à Dios por medio de Jesu Cristo, y por el de su Sacrificio. Asi la Iglesia pide à Dios en la Misa la paz y la tranquilidad publica, afin de que sus ijos los Cristianos puedan servir à Dios tranquílamente: asi tambien pide para ellos la salud del cuerpo, para que cada uno pueda cumplir las obligaciones de su propio estado segun el orden de Dios: asi finalmente pide à Dios la preservacion de las tempestades, y la conservacion de los frutos de la tierra, para que estando suficientemente provistos de las cosas necesarias para la vida del cuerpo, podamos atender mejor al cuidado del alma, y de nuestra salvacion. Y ved ai, ermanos carisimos, el espiritu con que pide la Iglesia los bienes de la tierra: y ved en què espiritu ès permitido à los Cristianos el pedirlos, quando oyen

(1) *Ebr. IX.* 11.

oyen la Misa; ó la mandan decir por su intencion. Las oraciones y los Sacrificios que hacen ofrecer con el fin de alcanzar alguno de estos bienes, deben ser con esta disposicion de corazon de tal suerte que estemos prontos à sufrir de buena voluntad que Dios no nos oiga, y no nos conceda estos bienes temporales, si él, que todo lo vè, conoce que estos mismos bienes pueden servir de obstaculo à la salvacion de nuestras almas. Quando no se iziere esto, ò quando el fin primario con que se oyeren, ó se izieren decir las misas, fuere de conseguir los bienes y los consuelos de esta vida; no pediremos, ni ofreceremos el sacrificio con espiritu de verdaderos cristianos à quienes à enseñado Jesu Cristo (1), que soliciten principalmente el Reyno de Dios, y que no busquen las cosas de este mundo, sino en quanto pueden sernos utiles para conseguir nuestro altisimo fin, que és la salvacion del alma, y la eterna felicidad.

De lo que emos dicho asta aora acerca de la esencia y efectos de la Misa, puede comprender facilmente todo Cristiano quales deben ser las disposiciones asi interiores como exteriores del que asiste à este grande sacrificio. La necesidad de estas disposiciones se entenderà todavià mejor, quando lleguemos à explicar una por una todas

(1) *Mat. VI.* 33.

das las partes de la Misa. Diremos brevemente aora que en el que asiste à la Misa, se requiere 1. una fé viva, 2. una firme y viva esperanza: 3. penetrarse de un gran respeto, reverencia, temor, y temblor. Hemos dicho que se requiere una fè viva, por que solo la fè nos aze conocer y comprender los altisimos misterios que se obran en la Misa: solo la fè nos aze ver à Jesu-Cristo patente sobre nuestros altares en estado de muerte, y en figura de victima que ofrece al Padre su divino cuerpo despedazado por nosotros, y su divina sangre derramada por nosotros. En la asistencia pues al tremendo sacrificio era necesario que los Cristianos tubiesen una fè, semejante à la de Moysès, dé quien dice el Apostol que estaba delante de Dios, como si le uviese visto con sus propios ojos, aunque ès invisible: *Invisibilem tanquam videns sustinuit* (1). Emos dicho que la segunda disposision consiste en una firme y viva esperanza, *Lleguemos* dice el Apostol, *con confianza al trono de la gracia y de la misericordia para recibir el auxilio conveniente en nuestras necesidades* (2) particularmente espirituales. ¿ Y qual puede llamarse mejor trono de misericordia que el altar de Dios, sobre el qual se ofrece JesuCristo mismo por nosotros? Y què cosa podrà llenar mejor el corazon de los cristianos

(1) *Ebr. XI.* 27. (2) *Ebr. IX.* 16.

cristianos de ésta viva esperanza, que mirar atentamente à Jesu Cristo sacrificado y ofrecido por su salud? Emos dicho que la tercera disposicion consiste en estar penetrado de un gran respeto y reverencia. La Misa es la accion mas santa, la mas tremenda de nuestra santa relijion. En la Misa Jesu Cristo se ofrece á si mismo à Dios, y tambien nosotros debemos ofrecerlo á Dios mismo por manos del Sacerdote. El Sacrificio se ofrece para aplacar la ira de Dios, para implorar su misericordia, para adorarlo, para onrarlo. ¿Qué reverencia qué profundo obsequio, què temor y temblor deberian tener todos aquellos que tienen la dicha de estar presentes à tan grandes misterios, y de entrar en parte de tan augusto y divino sacrificio?

Faltan al respeto à Jesu Cristo y su sacrificio, en primer lugar aquellos que asisten á la Misa, en postura poco decente, con un ayre libre, qual convendria mas bien á una accion profana, que à un acto de relijion: aquellos que en el tiempo de la Misa tienen por licito conversar con los que estan al lado, mirar à una parte y otra, no estar casi nada de rodillas: en una palabra todos aquellos que asisten à la Misa sin recojimiento, sin devocion, y por decirlo de una vez, con quasi ningun sentimiento de verdadera fè.

En segundo lugar pecan contra la

reverencia debida al sacrificio aquellos que allandose en pecado mortal asisten à la Misa sin espiritu de verdadera penitencia, y sin deseo eficaz de convertirse. La Iglesia quiere que el Sacerdote que celebra la santa Misa la comienze confesando con profunda umildad sus propios pecados, y pidiendo misericordia y perdon, aunque la Iglesia misma suponga que el Sacerdote que se acerca al altar de Dios, no se alle á si mismo en su conciencia con algun pecado grave. Esta sola reflexion basta para demostrar qual deba ser la disposicion de un pecador cristiano, que se presenta delante de Dios para asistir al tremendo sacrificio del Cordero, de cuyo sacrificio viene à participar como se à dicho: debe pues pedir à Dios el espiritu de penitencia, y la gracia de la conversion, como el mayor fruto que puede sacar del mismo sacrificio. La Iglesia, obligando â estos pecadores, como à todos los cristianos, à que oigan Misa todos los Domingos y fiestas señaladas, les advierte que procuren tener y alcanzar los afectos de fè, de umildad, de compuncion y de dolor, que convienen al infeliz estado en que se allan.

Los fines y las intenciones que debe tener el que asiste à la Misa, son los mismos con que se à dicho que la Iglesia ofrece este sacrificio. La Misa ès, como emos dicho ya muchas vezes, sacrificio del

pueblo

pueblo, y del Sacerdote juntamente. Debe pues el Pueblo que la oye tener los mismos fines y las mismas intenciones: y estas son, como se dixo, 1. onrar à Dios y tributarle un culto que és debido á su infinita majestad: 2. darle gracias por las infinitas mercedes que nos à echo: 3. pedirle el perdon de los pecados: 4. pedirle igualmente todas las gracias necesarias à todos los fieles vivos y difuntos. Estas intenciones debe tener todo el que asiste à la Misa. Un cristiano que tenga las disposiciones que emos expresado, fé, esperanza. y reverencia, y tenga ademas, como emos dicho ya, la jeneral intencion de unirse al Sacerdote, y de ofrecer con êl el Sacrificio para todos los fines por que lo ofrece la Iglesia, y la intencion de pedir à Dios por medio de JesuCristo lo que la Iglesia pide, asistirà utilmente al sacrificio: y teniendo esto en el corazon podrà durante la Misa usar de aquellas oraciones que mejor sepa ò quiera, por ejemplo, ccuparse en los actos; de fè, de esperanza, de amor de Dios. ò en la consideracion de la pasion de Jesu Cristo. Con todo, el mejor y mas verdadero modo de oir la Misa ès el de atender à lo que aze el Sacerdote, y seguir con el espiritu y con el corazon al Sacerdote en cada parte de la Misa. ¿ Pero es posible ésto para quien no és capaz de entender lo que lee el Sacerdote, y pronuncia en el

Altar en un lenguaje que ignora la mayor parte del pueblo? (a) A un cristiano de buena voluntad, que desee y procure estar bien instruido, no le es imposible, antes añado que tampoco es dificil. Y justamente para que los Cristianos pudiesen unirse en espiritu al Sacerdote celebrante, ordenò el sacrosanto Concilio de Trento à los pàrrocos y á los ministros del Señor, instruir al pueblo, y enseñarle los ritos, las ceremonias y los misterios de la Misa (1), conforme emos observado desde el principio. Yo irè, pues, explicando parte por parte toda la Misa con la mayor brevedad y claridad que pueda: y si me prestàreis la atencion que merece un asunto de tanta importancia para vuestro provecho espiritual, podreis acaso vosotros mismos reconocer que puede facilmente todo Cristiano, asta cierto grado, oir la Misa del modo advertido.

DEL ORDEN DE LA MISA

LO primero que debeis observar respecto de la Misa es que el celebrante tiene siempre consigo un Clerigo, ó á lo menos un secular, que le asiste, y le sirve en el altar, y este ayudante representa todo el pueblo, y en nombre de todo el pueblo responde

---

(a) Con este objeto se pone al fin de este libro la Misa en castellano

1) Sess. XXII. de Sacrif. Miss. cap. VIII.

ponde al Sacerdote, y coopera en cierto modo al Sacrificio, como veremos adelante. El Sacerdote, llegando al altar, extiende sobre èl los corporales, que son unos paños de lino limpisimos, para poner encima el Caliz, y la particula ù Ostia que debe consagrarse: despues, saliendose de la tarima, saludado con devota inclinacion el Crucifixo, que està en medio del altar, se signa con la señal de la Cruz, é invoca la Santisima Trinidad diciendo: *En el nombre del Padre, y del Ijo, y del Espiritu Santo, asi sea.* El Sacerdote principia con la señal de la Cruz, no solamente por que à sido uso entre los cristianos comenzar todas las acciones, particularmente las de piedad, con la señal de la Cruz, mas tambien por que la grande accion que executa el Sacerdote en celebrar la Misa, contiene la viva memoria y representacion de la pasion del Salvador: è invoca la augustisima Trinidad, por que el Pueblo se ùne con el Sacerdote en el nombre de Dios trino y uno, para celebrar el gran sacrificio: en el nombre del Padre, que dio á su Ijo para ser sacrificado: en el nombre del Ijo, que se dió à si mismo para ser inmolado: en el nombre del Espiritu Santo por cuyo medio se ofrecio el mismo Ijo. *Qui per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit: El qual por el Espiritu Santo se ofreciò à si mismo* (1). Luego el

(1) *Ebr. IX.* 14.

el Sacerdote en el mismo lugar empieza un Salmo de David, y lo reza todo, un versiculo èl, y otro el Ministro que ayuda la Misa, ó sea el Pueblo, representado en èl, como emos dicho. En este Salmo se representa David perseguido por Saul, y obligado à vivir desterrado de su patria. David pues en èl representa á Dios su afliccion, y se muestra no obstante lleno de placenteras esperanzas de volver à ver à Jerusalen, de presentarse al altar del Señor para ofrecerle sus sacrificios. E aqui pues el porquè se reza este salmo al principio de la Misa: estamos desterrados del Parayso, que es nuestra patria, pero vivimos con la dulce esperanza de llegar à ella. El altar és figura del Cielo, y nosotros nos llegamos à èl con una santa confianza, y con alegria. El Salmo se termina con el *Gloria Patri &c.* con el qual onra la Iglesia à las tres divinas personas: y preparandose al sacrificio, en el qual resplandecen tan vivamente la omnipotencia del Padre, la sabiduria del Ijo, la caridad del Espiritu Santo, y pidiendose en este Salmo los beneficios y las gracias del Señor, invocamos las tres divinas personas al fin de èl: el Padre, de quien procede todo bien, el Ijo por cuyo medio recibimos todo bien: el Espiritu Santo, que aze que nosotros lo pidamos, y lo consigamos. Concluido el Salmo, dice el Sacerdote: *Adjutorium nostrum in nomine domini,*

Nuestro

Nuestro auxilio està en el nombre del Señor; y el Pueblo responde por boca del Ministro ,, *Que izo el Cielo y la tierra*. Despues el celebrante, profundamente inclinado, confiesa en jeneral todos sus pecados, rezando el *Confiteor*: *Yo pecador me confieso á Dios todo poderoso, á la bienaventurada siempre Virjen &c.* Nuestros pecados nos an agoviado, y echo inclinar àzia la tierra; y por eso el Sacerdote, diciendo el *Confiteor*, mira à la tierra; no teniendo corazon para alzar sus ojos à un Dios ofendido, como en otro tiempo el Publicano: *nollebat nec oculos ad Cœlum levare*: *no queria ni aun levantar los ojos al Cielo* (1). Concluida por el Sacerdote la *Confesion*, el Ministro à nombre del pueblo ruega al Señor Dios omnipotente que tenga misericordia del Sacerdote, le perdone sus pecados, y lo conduzca à la vida eterna. Despues el mismo ministro aze por si y por el pueblo la misma confesion, rezando el proprio *Confiteor*, y echo èsto pide igualmente el Sacerdote al Señor que perdone al pueblo, è implòra la misericordia de Dios para si y para el pueblo. Asi reciprocamente ruega el Sacerdote por el pueblo, y el pueblo por el Sacerdote, afin de que puedan èste y aquellos ofrecer con confianza el sacrificio, esperando en la misericordia del Señor que quiera limpiarlos de toda

(1) *Luc. XVIII.* 13.

toda mancha, aun la mas lijera. Tanto el Pueblo como el Sacerdote, quando en el *Confiteor* llegan à las palabras *mea culpa &c.* se dan tres golpes de pecho, imitando la accion del Publicano del Evanjelio, el qual se golpeaba el pecho (1) reconociendose y confesandose gran pecador, y pidiendo humildemente al Señor que tubiese piedad de èl: *Quando tundis pectus, irasceris corde tuo, ut satisfacias Domino Deo tuo: Quando te golpeas el pecho, te irritas con tu propio corazon para satisfacer al Señor tu Dios* (2). Del corazon salen los pecados: *De corde exeunt cogitationes malæ, omicidia, adulteria, fornicationes, furta, falsa testimonia, blasfemiæ* (3) La confesiòn de los pecados precedia tambien al sacrificio en la antigua Ley (4). Y à la verdad el primer sacrificio que se debe à Dios ès el de un corazon contrito y umillado. Segun Maymonides, aun los particulares que ofrecian el sacrificio, azian la confesion, no solo jeneral, sino tambien especialmente: *Confitens dicebat, pecavi, inique egi, prevaricatus sum, commisi hoc, & illud: ad penitentiem revertor, atque ecce piaculum meum. El que azia la Confesion decia: pequé, obré iniquamente: è echo esto y aquello; me vuelvo à la penitencia; y ved el sacrificio por mi*

(1) *Luc. XVIII.* 13. (2) S. *Aug Serm. XIX. n.* 2.
(3) *Mat. XV.* 19. (4) *Levit. XVI.* 16. 21.

mi expiacion (1). *Dixi, confitebor injustitiam meam Domino, & tu remisisti impietatem peccati mei. Dixe, confesaré al Señor mi injusticia, y tu perdonaste la impiedad de mis culpas* (2). Se confiesan los pecados no solo à Dios, sino tambien á los Santos, por que los Santos, amando à Dios, se ofenden con las mismas ofensas echas á él, asi como se alegran por la penitencia de los pecadores, y muchas vezes perdona Dios à èstos por amor de aquellos (3). Finalmente nos confesamos tambien à todos nuestros ermanos, á toda la Iglesia militante, para alcanzar el auxilio de las mutuas oraciones, siguiendo el consejo de Santiago: *Confitemini alterutrum peccata vestra, & orate pro invicem: Confesaos unos â otros vuestros pecados, y orad unos por otros* (4).

Todo lo demas que despues del *Confiteor* dicen el celebrante, y el Ministro alternativamante, son otras tantas oraciones sacadas de la divina Escritura, con las quales el Sacerdote y el Pueblo piden à Dios el perdon de todos sus pecados: y estas oraciones, que todas contienen una misma cosa, estò ès, ser purificados de todo pecado, deben servir para azernos comprender de quanta necesidad juzga la Iglesia que

 el

---

(1) *Tract. V. de Sacrif. p.* 15.
(2) *Ps. XXXI.* 5. (3) *Gen. XX.* 7. *Job. XIII.* 8. (4) *Cap. V.* 16.

el Sacerdote y el pueblo no se lleguen al altar sin una pureza y limpieza grande de conciencia, qual conviene à la pureza y santidad infinita de la victima inmaculada que ofrecemos, y á la augusta magestad de los sagrados misterios que se celebran en la Misa. Concluye el Sacerdote las oraciones que dice al pie del altar, con saludar al pueblo, diciendo *Dominus vobiscum*: *el Señor sea con vosotros*, à que responde el pueblo por boca del Ministro, *y tambien con tu espiritu*. Con esta salutacion despierta el Sacerdote la atencion del pueblo, y el pueblo con su respuesta aze ver que está atento y aplicado al sacrificio. Todo esto ès como una preparacion de la Misa que se aze en comun por el Sacerdote al pié del altar, y por el pueblo: y ès de notarse que el Sacerdote, en toda esta parte de la Misa, tiene juntas las manos segun la rubrica, y esta ceremonia conviene bellisimamente à los sentimientos que expresa el Sacerdote à este tiempo: por que dice Nicolao I. que és convenente ligarse en cierto modo las manos al tiempo de la oracion, y de estar en la presencia de Dios, como si estuvieramos preparados al suplicio, del qual somos dignos, ā fin de no ser condenados á el, como los impios del Evangelio: *ligatis manibus. . . . mitite eum &c.* (1)

Despues de èsto, subiendo el Sacerdote

---

(1) *In resp. ad Cons. Bulg.*

dote al altar, renueva las oraciones para alcanzar de Dios que le purifique y le labe á él, y al pueblo, de su iniquidad, afin de que puedan con el corazon puro llegarse al Santo de los Santos: llegado al altar besa en el medio de él, pidiendo todavia el perdon de los pecados por la intercesion y ruegos de los Santos, cuyas reliquias estan dentro del mismo altar. El altar representa á Jesu Cristo, y por eso el Sacerdote lo saluda con el osculo todas las veces que llega al medio de él, para saludar à Jesu Cristo, y mostrar que se ùne á Jesu Cristo para ofrecer juntamente con èl su sacrificio. Despues de besado el altar se va el Sacerdote al lado derecho, que llamamos de la Epistola; y signandose con la señal de la Cruz, lee en el libro, ò sea misal, lo que se llama *Introìto*, esto ès, el ingreso ò principio de la Misa. El introìto ès compuesto por lo general de algunos versiculos de algun salmo adaptados á la solemnidad, ò al misterio del dia, ó á la circunstancia del tiempo. En Quaresma el introìto por lo comun contiene afectos de penitencia, en el adviento fervorosas oraciones para acelerar la venida del Redentor. El introìto se concluye con el *Gloria Patri &c.* el qual se dice, segun el antiquisimo ùso de la Iglesia, al fin de todos los salmos desde el tiempo de los Apostoles. Este introito se canta en las Misas cantadas por el clero, y por el pueblo

pueblo. Despues del introito el Sacerdote và al medio del altar, y alternativamente con el ministro dice seis veces *Kirie eleyson*, y tres vezes *Criste eleyson*. Estas dos palabras *Kirie eleyson*, significan *Señor tened misericordia*, y *Criste eleyson* significan *Cristo tened misericordia*. La Iglesia en la celebracion del Sacrificio, por antiquisimo ùso, se sirve no solo del latin, sino tambien de palabras griegas, y aun ebreas, como son ,, Alleluya, Amen, Hosana, Sabaoth.,, Usa la Iglesia de todas estas tres lenguas consagradas sobre la Cruz del Salvador, por que la inscripcion puesta por los Ebreos sobre la Cruz de Jesu Cristo, estaba escrita parte en ebreo, parte en griego, y parte en latin (1): asi se aze uso en la Misa de estas tres lenguas para manifestar la union de la Iglesia, no obstante la diversidad de las gentes que la componen. Se dice seis vezes esta breve y preciosa oracion *Señor, tened misericordia*, y tres veces *Cristo, tened misericordia*: lo qual quiere decir que se repite tres veces por cada una de las personas de la Santisima Trinidad. Esta Oracion debe acompañarse por el pueblo con sentimientos de verdadera y profunda humildad, y con un vivo conocimiento de la propia miseria, y de la necesidad que tenemos de la divina misericordia. *Señor, tened misericordia: Cristo tened misericordia*. En los

(1) *Joan. XIX. 20.*



las Misas cantadas, mientras que se cantan los Kiries, el Sacerdote inciensa el altar. El incienso es figùra de las oraciones del pueblo, las quales ofrece à Dios el Sacerdote, suplicando à su divina Majestad que reciba las mismas oraciones, como incienso de agradable olor, por medio de Jesu Cristo.

Acabados los *Kiries*, el Sacerdote extendiendo, y despues juntando las manos, comienza el *Gloria in excelsis Deo*. El *Gloria* se alla entero en San Atanasio (1), que exorta á las virgenes à decirlo todas las mañanas: y quasi todo entero en las constituciones Apostolicas, con el titulo de *Oracion de la mañana* (2) En el tiempo de San Atanasio lo sabian de memoria todos los cristianos. Una parte de este imno fuè compúesta por los Angeles, los quales, como leemos en el Evangelio (3), la cantaron en aquella feliz noche, en que vestido de nuestra carne apareciò al mundo el Unijenito de Dios: lo demas de este imno á sido compuesto por la Iglesia. Este cantico admirabilisimo està lleno de tiernisimos sentimientos de amor, de alabanza, de bendicion, de agradecimiento y de suplicas à Dios y à Jesu Cristo. El *Gloria* en las Misas cantadas se canta por el Clero, y tambien por el pueblo, y concluido, el celebrante, besado el altar, saluda al pueblo diciendo: *El*

(1) *Lib. de Virginit. n. 20.* (2) *Lib. VII. cap. XLVII.* (3) *Luc. II. 14.*

El Señor sea con vosotros, y el mismo pueblo, ò en su lugar el ministro, responde: *Tambien sea con tu espiritu*; y vuelto al altar, alzando los ojos y las manos ázia el Crucifijo, dice *Oremus*, esto es, *Oremos, y encomendemonos à Dios*. Esta palabra *Oremus* se repite muchas vezes en la Misa, como tambien el saludo *Dominus vobiscum, el Señor sea con vosotros*, para excitar al mismo pueblo à elevar à Dios la mente y el corazon à exemplo del Sacerdote, y â unir sus oraciones con las del propio Sacerdote. Và despues el Sacerdote al lado derecho del altar, y alli reza la Oracion con que la Iglesia por boca del Sacerdote representa al Señor los votos y deseos del pueblo. Esta oracion ès diversa segun la diversa solemnidad, y segun los diferentes tiempos del año. El Sacerdote al decir quasi todas las oraciones de la Misa tiene abiertas y algo levantadas las manos, à imitacion de Moysès, que oraba con las manos extendidas mientras que Josuè combatià contra los Amalecitas (1): y siguiendo tambien el precepto del Apostol, en donde escribiendo à Timoteo dice: *Quiero que los ombres oren en todo lugar, levantando las manos puras* (2). Al fin de la oracion, el ministro à nombre del pueblo, responde *Amen*, que quiere decir *Asi sea, asi se aga, asi lo conceda Dios*: con la qual respuesta

(1) *Exod. XVII*. 11. 12. (2) *I. Timot. II*. 8.

puesta demuestra el pueblo que pide à Dios las mismas cosas que le à pedido el Sacerdote en su nombre. Todas las antiguas oraciones, ó sea colectas, son dirigidas al Padre, y terminan con las palabras ,, *Per Dominum nostrum Jesu Cristum.* Los cristianos onran al Padre por medio del Ijo nuestro Salvador, el qual en el tiempo de su vida mortal siempre dirigia al Padre sus oraciones: y à imitacion de Jesu Cristo nos volvemos al Padre, y le rogamos por medio del Ijo, que ès nuestro mediador, por quien solo tenemos entrada al trono de la gracia y de la misericordia. Lee despues de esto el Sacerdote aquello que se llama *Epistola*, y es una leccion sacada por lo comun de las cartas de San Pablo, ó de algun otro Apostol, en la qual leccion se contienen instrucciones utiles al pueblo: por lo que mientras el Sacerdote la lee, los asistentes deben pedir al Señor que les ilumine el entendimiento para entender la ley del Señor, y que les dè un vivo y tierno amor á la misma ley. Al fin de la Epistola responde el Ministro *Deo Gratias* ,, *Gracias à Dios*: con lo qual manifiesta el Pueblo á Dios la gratitud que le profesa por aberle echo conocer su santa ley. Sigue la lectura de lo que se llama *Gradual*, y contiene varias oraciones sacadas de la Santa Escritura, y por lo general de los salmos, y se añade una ò muchas veces,, *Alleluya*,, que

quiere

quiere decir „ *alabad â Dios, bendecid â Dios*, y ès canto de alegria, con el qual azemos conocer quan felices somos por aber tenido la dichosa suerte de entender la verdad que Dios nos à enseñado por medio de sus divinas Escrituras. Asi à la instruccion sucede, y sigue inmediatamente la oracion para impetrar de Dios gracia y vigor para poner en practica los documentos que oimos en la epistola. Despues del *gradual* se và el Sacerdote al medio del altar, y alli con una devotisima oracion ruega fervorosamente al Señor que limpie su corazon y su boca, afin de que pueda anunciar dignamente el Evangelio de Jesu Cristo. Mientras asi ora el Sacerdote, debe el pueblo pedir à Dios la gracia de entender y de amar su palabra: por que nosotros no seremos jamas capazes de comprenderla, ni de practicarla, si él con su gracia no ilumina nuestro entendimiento y no conforta nuestro corazon para abrazarla. *Da mihi intellectum, & scrutabor legem tuam, & custodiam illam in toto corde meo: Dame entendimiento, y arè diligente estudio de tu ley, y la observaré con todo mi corazon* (1). Todo Cristiano, al oir leer el Evangelio, deberìa pensar entre si: este es el libro que contiene la doctrina, y las reglas de vida, segun las quales debo caminar, si quiero salvarme. Y para indicar à los Cristianos este respeto,

---

(1) *Ps. CXVIII.* 34,

respeto, veis en las Misas cantadas, que el Diacono lleva solemnemente el Evanjelio al pulpito, acompañado de los Ministros, de luzes, y del incienso, con el qual se perfuma el mismo libro divino. *Escuchemos el Evanjelio*, dice San Agustin, *como si Jesu Cristo mismo lo pronunciase. No digamos bienaventurados los que lo vieron, por que muchos de aquellos que lo vieron, lo crucificaron. . . . Las preciosas palabras que salieron de su boca se escribieron para nosotros, se an conservado para nosotros, y para nosotros se recitan.* (1) *Alabemos â Jesu Cristo.* San Agustin refiere que sanaban muchas vezes los enfermos, poniendoles sobre la cabeza el libro de los santos Evanjelios. *Pongase*, dice el mismo Santo, *en el corazon del ombre, para sanarlo: Ponatur ad cor: sanetur cor* (2). Và despues el Sacerdote al lado izquierdo del altar, que llamamos del Evangelio, y saludado el pueblo, se aze la señal de la Cruz en la frente, en la boca, y en el pecho: con lo qual asi el Sacerdote como el pueblo quieren significar que no se avergonzaran jamas de la Cruz de Jesu Cristo, ni de la verdad del Evanjelio, y que antes bien la confesaràn con la boca, y la tendran siempre impresa en el corazon, y por éso en estas tres partes se aze la señal de la Cruz. El

H pueblo

(1) *Tract. XXX. in Joan Evang. n.* 1.
(2) *Tract. VII. in Joan. Evang. n.* 12.

pueblo pues debe signarse con estos sentimientos en la frente, en la boca, y en el pecho al principio del Evanjelio, quando se signa el Sacerdote. Leido el Evanjelio lo besa el Sacerdote en señal de respeto y de amor.

Despues del Evanjelio concluye la que se llamaba Misa de Catecùmenos, por que la Iglesia permitia à estos, à los penitentes, y à los infieles, oir toda esta parte de la Misa, para que pudiesen gozar de las instrucciones que en ella se contienen. Finalizada esta parte se despedian dichas personas, comenzandose la que se llamaba Misa de los fieles, por que no era permitido asistìr á ella sino à los bautizados, y à solo aquellos bautizados que se podia presumir ubiesen conservado la inocencia y la santidad recibida en el Santo Bautismo. Esta segunda parte comienza desde el *Credo*, que se reza por el Sacerdote, acabado el Evanjelio. *El Credo* contiene una expresa confesion de nuestra santa fè, la qual confesion de fe fue compuesta por la Iglesia en el Concilio de Constantinopla. La primera parte del Credo contiene lo que se atribuye à la primera persona de la Santisima Trinidad, el Padre Eterno, omnipotente, el qual profesamos creer que de nada crio el Cielo y la tierra, y todas las cosas que se allan en el Cielo y la tierra, tanto espirituales como corporales. La segunda parte contiene

contiene lo que à echo por nosotros el Unjeníto del Padre, echo ombre por redimir al ombre, el qual concebido por nosotros en el seno de una Virjen, padecio, fué crucificado, murió por nosotros, resucitò, subiò al Cielo &c. La tercera parte contiene lo que se atribuye al Espiritu Santo, la santificacion de las almas por medio de la caridad, la qual, segun el dicho del Apostol (1), se difunde en nuestros corazones por medio del Espiritu Santo, que se nos á dado. Ultimamente confesamos una sola Iglesia, Catolica, y Apostolica, el Bautismo, la remision de los pecados, la resurreccion de los muertos y la vida eterna. Todos los Cristianos lo aprenden de memoria desde la infancia, con que á ninguno puede ser dificil el rezarlo juntamente con el Sacerdote, acompañandolo con un vivo sentimiento de fé. Rezado, ò cantado el *Credo*, el Sacerdote saluda de nuevo al pueblo, exortandole otra vez â orar con èl. En los tiempos antiguos, acabado el *Credo*, se azia por el pueblo la ofrenda del pan y del vino que debian servir à la celebracion del sacrificio, y entonces se cantaba el *Ofertorio*. Al presente en muchas partes se ofrece pan en ciertos dias, el qual bendice y distribuye el Sacerdote à los asistentes, en señal de comunion. Tambien se ofrecen en algunos parajes candelas y aun dinero para la

manuten-

(1) *Rom. V. 5.*

mantencion de los Parrocos. Antiguamente despues que el Sacerdote avia tomado del pan ofrecido lo que era necesario para la comunion del Clero y del pueblo, bendecia el restante, y se distribuia despues à los demas que asistian á la Misa, pero que no comulgaban. La ofrenda que debia servir para la comunion, se ponia sobre el altar, y el sobrante, que se abá de distribuir en señal de comunion, se ponia fuera del altar. E aqui el orijen del pan bendito, cuio uso se fue aumentando à proporcion que por la tibieza de los fieles se fué disminuyendo el número de los que comulgaban en la Misa.

El Sacerdote pues, luego que à dicho el ofertorio, descubierto el caliz, tomada la patena sobre la qual està el pan, ó sea la ostia, y teniendo con las manos levantadas la misma patena, ofrece al Eterno Padre la ostia que debe sacrificar: y con sentimientos de profunda umildad, expone al Señor que se la ofrece por sus pecados, por todo el pueblo asistente, y por todos los fieles asi vivos como difuntos, afin de que sirva à todos, y les procure la vida eterna. No es el pan que se ofrece por el Sacerdote, el que debe obtener de Dios el perdon de los pecados, y la vida eterna; esto lo pedimos y alcanzamos nosotros por medio de Jesu Cristo, que es nuestra victima santa é inmaculada: y el Sacerdote, al ofrecér à Dios el pan que á de consagrarse,

no

no tanto alude al pan que tiene sobre la patena, quanto al cuerpo divino de Jesu Cristo, en el qual debe transustanciarse el mismo pan por medio de las palabras divinas de la consagracion. Al poner la ostia sobre los corporales, aze el Sacerdote con ella la señal de la Cruz, cómo si pusiese à Jesu Cristo mismo sobre la Cruz, en que èl se ofreció à Dios por nosotros. Tomado despues el Caliz, echa en él vino, y despues una pequeña cantidad de agua: y mientras aze ésto, ruega fervorosamente à aquel Dios, que crio maravillosamente al ombre en altisima dignidad, esto ès, semejante à él, y que mas admirablemente lo à reformado, despues que por el pecado se abia desfigurado en él la imajen del Criador, le suplica digo, por el misterio que se oculta en la mezcla del agua con el vino, que aga à todos la gracia de participar de la Divinidad de aquel su divino ijo, que se dignò participar de nuestra umanidad. *Per quem maxima & pretiosa nobis promisa donavit: ut per aec eficiamini divinae consortes naturae. Por el qual nos á dado muy grandes y preciosas promesas, para que por ellas seais echos participantes de la naturaleza divina* (1). *Qui adaeret Domino, unus spiritus est. El que està unido al Señor, ès con él un mismo espiritu* (2). *Copulatiô & conjunctio aquae, & vini sic miscetur in*

---

(1) *II. Pet. I.* 4. (2) *I. Corint. VI.* 17

in calice Domini, ut commixtio illa non possit ab invicem separari. Unde & Ecclesiam . . . nulla res separare poterit á Cristo. El agua y el vino se unen y mezclan de tal suerte en el Caliz del Señor, que no pueden separarse ya el uno del otro. Asi ninguna cosa puede separar de Cristo à la Iglesia (1). Se echa tambien con el vino una corta porcion de agua en el Caliz, por que asi izo Jesu Cristo mismo al consagrar la Eucaristia, segun nos enseña la tradicion de la Iglesia (2): y lo azemos justamente para representar el misterio que èl quiso indicar con esta mezcla. Y qual ès èste misterio ? La naturaleza umana ès representada por el agua, y la naturaleza divina es representada por el vino. Mezclando pues con el vino una corta cantidad de agua, se viene á representar la union inefable de las dos naturalezas, divina y umana en la persona de Jesu Cristo: en segundo lugar se representa la union mistica de los fieles con Jesu Cristo, su cabeza: finalmente se recuerda con èsto el mismo misterio, encubierto ya en el agua y en la sangre que salieron del costado de Jesu Cristo, abierto con la lanza sobre la Cruz (3). Se bendice el agua sola, y no el

(1) *Ciprian. Ep. LXIII. de Sacram. Domini. Calic. ad Caecil.* (2) *Id Epist. cit. Conc. Trid. Sess.* 22. *de sacrif. Miss. cap VII.* (3) *Cipr. loc. cit. Conc. trid. Ses. praed.*

el vino al echarlo en el caliz, por que nó la divina, sino la umana naturaleza, necesita ser purificada y bendecida, para ser unida à Jesu Cristo (Asi. Durando (2).) El Sacerdote, teniendo elevado el caliz, lo ofrece à Dios, pidiendole que lo acepte por la salvacion, no solo del pueblo asistente à la Misa, sino tambien de todo el mundo (2) ; é inclinandose delante de Dios en medio del altar, protesta que se presenta juntamente con el pueblo, delante del Señor con un espiritu umillado, y un corazon contrito, y le ruega que le reciba à él y al pueblo benignamente, y que aga que el Sacrificio, asi suyo como del pueblo, sea tal, que pueda agradar á su Señor y Dios. Esta oracion nos advierte como debemos unir la ofrenda y el Sacrifició de nosotros mismos al Sacrificio y à la ofrenda de Jesu Cristo, y que no podemos ofrecer à Dios fructuosamente el sacrificio, sino presentandonos à èl con un corazon contrito y umillado, por la consideracion de nuestros pecados, y de nuestro infinito desmerecimiento. Se ofrecen el pan y el vino. que deben convertirse en el cuerpo y en la sangre de Jesu Cristo, y anelamos por ser convertidos tambien nosotros en ombres perfectos, afin de poder ser ostia digna del agrado de Dios: y

(1) *Rit. D v. offic. Lib. IV. cap. XXX.*
(2 *Cristianorum praecipua salus. Epiph. ad Joan. Episcop. Ieros.*

y por esto invocamos al Espiritu Santo, Espiritu Santificador, que convierte nuestros corazones, llenandonos de su caridad. *Veni*, dice el Sacerdote, *Sanctificator, Omnipotens aeterne Deus, & benedic hoc sacrificium tuo sancto nomini praeparatum*: y elevados los ojos y las manos al Cielo para azer descender de alli la gracia y la virtud del Espiritu Santo, aze una señal de Cruz sobre el pan y el vino, diciendo: *Ven, santificador, Dios todo poderoso y eterno, y bendice este sacrificio, preparado para onrar tu santo nombre*: y al decir estas ultimas palabras, aze una señal de Cruz sobre el caliz y la ostia. Luego và al lado derecho del altar, y se lava los dedos, con lo qual, dicen todos los Padres, se quiere significar la pureza interior y exterior que deve tenerse para ofrecer un sacrificio tan grande, y tan santo, y esta pureza la pide à Dios el Sacerdote, rezando algunos versiculos del Salmo XXV. y la misma pureza deben tambien pedir umildemente à Dios con el Sacerdote los asistentes. Las manos significan en el lenguaje de la Escritura las acciones y las obras, y ès necesario purificar éstas, para que sean dignas de Dios. Lavados los dedos, el Sacerdote inclinado enmedio del Altar, ofrece de nuevo à la Santisima Trinidad el pan y el vino que abia ofrecido ya separadamente: lo ofrece, digo, en memoria de la Pasion, Resurreccion, y Ascension de Jesu-

Jesu Cristo, y en onor de la Bienaventurada siempre Virjen Maria, de San Juan Bautista, de los Santos Apostoles Pedro y Pablo, y de los Santos, cuyas reliquias estan en el altar, y de todos los demas Santos, para que ellos reciban gloria, y nosotros salud del sacrificio, y sean nuestros intercesores en el Cielo aquellos, cuya memoria onramos en la tierra.

Digo que ofrecemos tambien la Misa para la gloria de los Santos, 1. por que los Santos no an sido glorificados sino en virtud del sacrificio de Cristo, que se continua en la Misa. 2. por que Jesu Cristo ès onrado por el sacrificio de la Misa, y siendo los santos miembros de Jesu Cristo, unidos inseparablemente à su cabeza, la gloria de ésta redunda en los miembros: 3. por que para los Santos ès gloria y onor el ofrecerse con Jesu Cristo, y esto azen ellos en nuestro sacrificio, que ès sacrificio de Jesu Cristo todo entero, esto es, de la cabeza y de los miembros.

Despues de dicha oracion, el Sacerdote besa el altar (el altar se à dicho que representa à Jesu Cristo, y el Sacerdote lo saluda con el beso antes de saludar al pueblo, estiende las manos diciendo *Orate &c.* para enfervorizar con esta accion à los asistentes à que mediten y oren) y vólviendose al Pueblo dice *Orate fratres &c.* que quiere decir „ *Orad, ermanos, para que mi*

 sacrificio

sacrificio que tambien és vuestro, sea agradable â Dios Padre todopoderoso. El pueblo responde por boca del ministro ,, *El Señor reciba de tus manos el sacrificio en alabanza y gloria de su nombre, y tambien para utilidad nuestra, y de toda su Iglesia santa.* Por estas dos oraciones debeis saber, ermanos carisimos, en primer lugar, que el Sacerdote, como ya se dixo, ofrece el sacrificio no solo en nombre de Jesu Cristo, sino tambien de la Iglesia, y que èl ès el ministro del pueblo, como de Jesu Cristo: y en segundo, que el pueblo , esto ès, todos los asistentes deben unirse al Sacerdote, y ofrecer con èl el sacrificio, pues ès sacrificio suyo como del Sacerdote: y en tercero que el sacrificio se ofrece, 1. para onrar à Dios, 2. para utilidad del pueblo que le ofrece, esto ès, para alcanzar todo lo que necesitamos, que es el perdon de los pecados, y todo genero de gracias espirituales y temporales.

Vuelto despues el Sacerdote al altar, aze à Dios la oracion, que se llama *secreta,* con la qual pide al Señor que reciba benignamente los ofrecimientos de los fieles. El nombre de *secreta* viene acâso de que esta oracion se aze *secretamente.* La Iglesia en este punto entra en un profundo secreto, no abla ya sino à Dios, y solo de Dios quiere ser oida. Es necesario saber que segun la antigua liturjia, antes del *prefacio*

prefacio se cerraba el *Sancta Sanctorum*, y se corrian las cortinas, y por èso el Sacerdote, ni aun diciendo *Dominus vobiscum* antes del prefacio, se vuelve ya al pueblo, que no puede ver mas. El Sacerdote se à como despedido del pueblo con el *orate fratres &c.* y se considera como encerrado en lo intimo del sagrario, segregado del pueblo mismo, y à solas con Dios. La Iglesia ā usado rezar una parte de las oraciones de la Misa en voz baja, y esto no lo aze por ocultar á los fieles lo que pide á Dios para ellos, quando á ordenado que sus ministros se lo expliquen publicamente al pueblo, sino por que semejante modo de orar en silencio sirve para infundir mayor respeto, y por que el pueblo estè mas atento à Dios en el tiempo que el Sacerdote ruega solo por toda la congregacion de los fieles. Rezada la oracion *secreta*, el *Sacerdote* comienza el *prefacio*, que ès una especie de imno de accion de gracias, y de alabanza à Dios. Este imno ès tan preciso, ó mejor diré, tan divino, que yo creeria azeros agravio, si no os lo explicase: y por otra parte lo oyen tan continuamente los Cristianos, que no serà dificil à ninguno retener el sentido, à lo menos en quanto baste para acompañar con el corazon al Sacerdote, mientras lo reza. *Saludado* pues el pueblo con las palabras acostumbradas ,, *el Señor sea con vosotros*, y respondido

dido por el ministro ,, *Y con tu espiritu*, continúa el Sacerdote diciendo ,, *Sursum corda*, esto es ,, *elevad à lo alto vuestros corazones* ,, y el pueblo responde ,, *los tenemos en el Señor* ,, *Sursum corda*, ! què exortacion tan aplaudida y celebrada por los Santos Padres, Crisostomo en particular (1), y Augustino (2) ! Gran palabra ès esta, amadisimos ermanos, y una gran respuesta la que se dà por todo el pueblo, por medio del ministro que sirve El Sacerdote os dice que alzeis á lo alto el corazon, y respondeis que teneis el corazon en el Señor, no solamente el espiritu, mas tambien el corazon. Y esto quiere decir, segun San Cipriano (3), que entonces vuestro corazon no debe estar accesible ni abierto sino à Dios, cerrado á todos los pensamientos de la tierra, á qualquier cuidado terreno, lleno de los sentimientos de reverencia, de fè, y de amor que convienen á los altisimos misterios que comienzan à celebrarse. Tenedlo presente, ermanos carisimos, y quando oigais al Sacerdote aquellas grandes y preciosas palabras ,, *Sursum corda* ,, procurad con todo esfuerzo poneros en tal estado de atencion, de devocion, y de fè, que el ministro pueda responder con toda verdad

(1) *Omil. XVIII. in II. Corint. n. 3.* 2) *De vera Relig. cap III. n. 5. Epist. CXXX al CLVI. ad Probam. Lib. de bon. persev. c. XIII. n. 33. de bon. viduit. c. XVI. n. 20.* (3) *De Orat. Domin.*

dad que teneis todo el corazon en Dios nuestro señor. Al deciros el Sacerdote,, *Sursum corda* ,, alza las manos como para animaros con este ademan á soliviar vuestro corazon, y para mostraros en nombre de la Iglesia el vivo deseo que tiene de que vosotros lo agais. Asi advierte el Sacerdote al puebl , por que verdaderamente necesita elevarse sobre los sentidos, y estar con el ànimo en el Cielo entre los coros de los Anjeles para cantar con ellos dignamente las alabanzas de Dios. ¿ Què serià de nosotros, amadisimos ermanos, si asistiendo à la Misa, quando el Sacerdote nos grita que tengamos el corazon elevado àzia Dios, *Sursum corda* ,, lo tubiesemos en la tierra, ocupado de los afectos terrenos ? ¿Y con què sacrilega mentira responderemos que tenemos el corazon en el Señor,, *abemus ad Dominum* ? por que como muchas veces lo è dicho, el ministro responde al Sacerdote por nosotros.

El Sacerdote, abiendole respondido que el pueblo està atento, y ocupado en Dios, sigue dicendo ,, *Demos gracias á Dios nuestro Sr.* ,, y al decirlo, junta las manos, y alza los ojos al cielo: dos señales, la una de umildad y reverencià, y la otra de deseo y de amor: y el pueblo responde: *Es digno y justo. Gratias agamus Domino Deo nostro. Dignum & justum est.* Entonces el Sacerdote vuelve à decir: *Verdaderamente*

mente ès digno y justo, equitativo, y saludable que siempre, y en todo lugar te démos graciàs Señor, Padre Santo, todopoderoso y eterno Dios por medio de Jesu Cristo nuestro señor: por quien los Anjeles alaban tu majestad, las Dominaciones la adoran, las Potestades la veneran con temor, los Cielos y las virtudes de los cielos, y los Bienaventurados Serafines, todos juntos la celebran con comun alegria. Suplicamoste señor, quieras recibir nuestras vozes, que unimos à las suyas, diciendote con umilde confesion, Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejercitos: los Cielos, y la tierra estan llenos de tu gloria: Osanna en lo mas alto de los Cielos: Bendito el que viene en nombre del Señor. Osanna en lo mas alto de los Cielos. Aquellas palabras *Santo, Santo, Santo,* forman el càntico eterno que el Profeta Isàìas arrebatado en espirìtu al Cielo, oyò que cantaban à Dios los Querubines (1). Asi la Iglesia militante, la Iglesià que esta en la tierra, se une à la del Cielo, y de èsta toma el modo de onrar y bendecir dignamente al Señor. Del gran numero de escritores sagrados, que azen mencion de este imno, *Sanctus &c.* se vè que estaba en gran devocion y veneracion entre los Cristianos, y por muchos siglos todos los asistentes se unian, para recitarlo juntamente con

(1) *Isai. VI. 3.*

con el celebrante. *Bendito el que viene &c.* La Iglesia, despues de aber tributado onor à la Santisima Trinidad, con el divino trisajio, no se olvida de rendir sus omenajes al salvador, y usa de las palabras y del cantico con que los niños recibieron à Jesu Cristo en su ultima entrada en Jerusalem, *Bendito &c.* (1).

Continúa el orden de la Misa

LAs oraciones que siguen al *prefacio* se llaman el *Canon*, por que son la regla, el orden, la norma comun de todas las Misas, por que en todas las Misas se dicen estas oraciones, con alguna corta diferencia que se añade en ciertas solemnidades. Elevados pues primeramente los ojos, y las manos al Cielo, y despues profundamente inclinado sobre el altar, empieza el Sacerdote à decir: *Suplicamoste pues umildemente, Padre clementisimo, por nuestro Señor Jesu Cristo tu ijo, que admitas benignamente, y bendigas estos dones, estas ofrendas, estos santos sacrificios sin mancha, que te ofrecemos, en primer lugar por la Santa Iglesia catolica, para que te dignes pacificarla, conservarla, unirla, y gobernarla por todo el mundo: juntamente con tu siervo nuestro Papa N. nuestro Prelado N. nuestro Rey N.*

(1) *Mat.* XXI 9. 15.

N. y todos los ortodoxos, que profesan la fé catolica, y apostolica. Al decir *estos dones, estas ofrendas, estos sacrificios*, aze tres vezes la señal de la Cruz sobre el pan y el vino; y mientras el Sacerdote dice esta oracion, el pueblo en cuyo nombre la dice, debe pedir à Dios las mismas cosas, y rogarle por el Papa, y por los Prelados de la Iglesia, por la Iglesia toda, por los Reyes, y por todos los fieles. Con ésta palabra *unirla, adunare*, se pide por la conversion de los erejes, y por los cismaticos. *Orate & pro dispersis ovibus, veniant & ipsi, agnoscant & ipsi, ament & ipsi; ut sit unus grex, & unus pastor. Pedid tambien por las ovejas dispersas: vengan tambien esas: conozcan tambien esas: amen tambien esas, para que sea un solo rebaño, y un solo pastor.* (1).

Despues que él Sacerdote á pedido de esta manera por toda la Iglesia, alzando y juntando las manos, dice *Memento Domine &c.* esto és, *Acuerdate Señor de tus siervos y siervas*: y aqui se detiene un poco para encomendar à Dios en particular aquellas personas por las quales quiere ò debe rogar particularmente. Luego prosigue orando: ,, *y de todos los circunstantes, cuya fé y devocïon conoces, por los quales te ofremos, ò quienes te ofrecen este sacrificio de alabanza, por si, y por todos los suyos, por la*

(1) *S. Aug. Serm. CXXXVIII. n.* 10

la redencion de sus almas, por la esperanza de su salvacion y conservacion, y tributan sus votos à ti, Dios eterno, vivo y verdadero. Observad en esta oracion aquellas palabras, ,, *cuya fé y devocion conoces*,, por las quales debe comprender todo Cristiano qual à de ser la fè y la piedad de cada uno en la asistencia à la Misa. De èsta misma oracion se saca tambien la obligacion que tenemos de pedir los unos por los otros, y particularmente por los parientes, amigos &c. Y cabalmente el Cristiano, al tiempo de èste *Memento*, que se llama de *vivos*, debe pedir en particular por las personas que quiere encomendar à Dios con especialidad, como tambien por el Sacerdote, y por todos los que oyen la misma Misa.

Sigue la tercera oracion del *Canon*, en la qual el Sacerdote, que primero à dicho à Dios que ofrece la Misa por toda la Iglesia que està en la tierra, añade aora que se ùne à todos los Santos que estan en el Cielo: recita los nombres de muchos de estos Santos, comenzando por la Santisima Virjen, y los Santos Apostoles San Pedro y San Pablo, y ruega al Señor que proteja y asista con su auxilio à la Iglesià que está en la tierra. Asi veis aora como se verifica lo que tantas vezes emos dicho, esto ès, que la Iglesia que está en la tierra se ùne à la que està en el Cielo (es decir

à todos los Santos del Cielo) para ofrecer nuestro gran sacrificio. Y asi el pueblo debe unir sus votos de adoracion y de amor con los de los Santos que ay en el cielo, y pedir tambien â Dios la gracia de imitar á los mismos Santos, para entrar un dia à la parte en sus triunfos.

En la quarta oracion del *Canon*, el Sacerdote extendidas las manos sobre el caliz, y sobre la ostia, ruega en esta forma: „ *Suplicamoste pues Señor, que recibas propicio ésta ofrenda de nuestra servidumbre, que és tambien la de toda tu familia: que nos agas gozar de tu paz en esta vida, y nos libres de la condenacion eterna, y nos pongas en el numero de tus escojidos, por Jesu Cristo nuestro Señor.* Notad aqui en primer lugar que (conforme á lo que emos dicho muchas vezes) el sacrificio de la Mìsa no ès sacrificio del Sacerdote solo, sino tambien de todo el pueblo asistente, que coopéra con su oracion, y con su fé, al mismo sacrificio. En segundo lugar notad que en la antigua Ley el que ofrecià á Dios un sacrificio, ponia la mano sobre la cabeza de la victima antes de inmolarla, para mostrar à Dios con esta accion que substituìa en su lugar la misma victima, para que sufriese la muerte, que él merecía, y pedir à Dios al mismo tiempo que recibiese el sacrificio de su corazon, y mirase con benignos ojos la ofrenda

da que azìa de aquella victima que debia inmolarse, y le concediese por ella, ó la remision de los pecados, ò las gracias que pedia (1). De la mìsma manera pues el Sacerdote, antes de azer la mistica inmolacion del cuerpo y de la sangre de Jesu Cristo à nombre del pueblo, por el qual, y juntamente con el qual ofrece el sacrificio, pone las manos sobre el pan y el vino, que deben consagrarse, y con èsta ceremonia se ofrece à si mismo, y à toda la Iglesia á Dios, por medio de aquel mismo Jesu Cristo, que debe ser misticamente inmolado, à fin de alcanzar por su mediacion la paz de la vida presente, la remision de los pecados, y la gloria de la vida futura. El pueblo pues, quando el Sacerdote aze èsta ìmposiciòn de las manos, debe ofrecerse á Dios por medio de Jesu Cristo, y juntamente con Jesu Cristo, y azer este ofrecimiento con profunda umildad, en espiritu de adoracion, y pedir à Dios lo que pide el Sacerdote. Tres son las cosas que el Sacerdote pide en esta oracion: la primera que se nos conceda la gracia de vivir en la paz de Dios, no en la paz del mundo, sinò en la de Dios, *Pacem meam do vobis, non quomodo mundus dat, ego dò vobis. Mi paz os doy; no os la doy yo como la dà el mundo* (2). *Pax Dei,*

(1) *Vide Levit I. III. IV. XVI.*
(2) *Juan XIV.* 27.

Dei, quæ exuperat omnem sensum. La paz de Dios, que excede todo entendimiento (1). La segunda ser librados de la condenacion eterna, pues la tenemos merecida. ¿ Y quien no la à merecido ? La tercera que nos ponga en el numero de sus escojidos. Ved aì lo que la Iglesia pide por nosotros, y ved aì lo que vosotros le debeis pedir. A! que bella oracion para un Cristiano el decir, pero de corazon „ *Señor*, yo no os pido ni la salud, ni los adornos, ni los placeres, ni las satisfacciones temporales; os pido solo que me agais ser del numero de vuestros escojidos! Nadie puede saber si ès de èste numero; pero puede ser un indicio no leve el aderirse con todo el ànimo à esta oracion de la Iglesia, y tenerla muchas vezes en los labios, y continuamente en el corazon.

En la quinta oracion del Canon, el Sacerdote bendice de nuevo el pan y el vino juntamente, por tres vezes uno y otro, y una vez separadamente el pan, y otra tambien separadamente el vino: bendice, digo, el pan y vino aciendo sobre ellos las acostumbradas señales de la cruz, con cuyas señales anuncia la muerte de Jesu Cristo, de la qual se continùa la memoria en nuestro sacrificio. Pide al mismo tiempo al Señor, que aga que su oblacion sea una oblacion perfectamente bendita, acepta, y aprobada,

(1) *Pilip. IV. 7.*

aprobada, racional, y agradable á sus ojos, *para que* (sigue diciendo) *se aga para nosotros el cuerpo y la sangre de Jesu Cristo tu amado ijo, nuestro Señor.* Este es el tiempo, para los cristianos asistentes à la Misa, de renovar su atencion, su fervor y su fè: por que el Sacerdote, tomando el pan en la mano, alzando los ojos al Cielo, lo bendice de nuevo à imitacion de Jesu Cristo, y pronunciando las palabras de la consagracion, convierte el pan, y lo transubstancia en el cuerpo de Jesu Cristo. De la misma manera, tomado el caliz, lo bendice, y pronunciando sobre èl las palabras del mismo Jesu Cristo, convierte y transubstancia el vino en la sangre preciosa del mismo Jesu Cristo. Los cristianos saben lo que se oculta baxo las especies del pan y del vino despues de las palabras de la consagracion: los cristianos estan instruidos del grande, del inefable milagro, por el qual, destruida la substancia del pan, y la substancia del vino, permanecen solo las especies, y baxo de ellas el adorable cuerpo del Ijo de Dios, nacido de Marìa, y la sangre preciosa derramada por el Redentor para nuestro rescate. Echa la consagracion del pan, el Sacerdote ès el primero que adora el cuerpo del Salvador, arrodillandose delante del altar, y despues lo aze adorar del pueblo, mostrandole la particula consagrada. Echa igualmente la consagracion del vino, adora

èl

èl la preciosa sangre del Salvador, y la aze adorar del pueblo, mostrandole el caliz elevado á lo alto: con cuya accion se representa tambien el acto de levantar à Jesu Cristo en la cruz. Esta elevacion de la ostia y del caliz se aze ademas, para ofrecer à Dios el sacratisimo cuerpo, y la sangre vivificante de Jesu Cristo inmolado misticamente. Los Cristianos que estan presentes á un misterio tan grande, tan augusto, tan superior à toda umana intelijencia, deben meditarlo con santo temor y temblor, adorar la bondad de Dios en azer tan grandes cosas para unas criaturas tan miserables, y pedir la gracia de ser, por decirlo asi, transformados por amor en Jesu Cristo mismo: adorar finalmente con profunda umildad à Jesu Cristo, oculto para nosotros bajo las especies de pan, y de vino, y pedirle misericordia. Por antigua costumbre todo el pueblo presente à la Misa se estaba postrado con el rostro en tierra por todo el tiempo que duraba la consagracion asi del pan como del vino. Este rito debe azernos comprender los sentimientos de profunda umildad, con que deben estar los pecadores delante de un Dios que tienen tan presente. En otras Iglesias la postracion duraba desde la consagracion asta la Paz.

Recuerda despues el Sacerdote el orden dado por Jesu Cristo à sus discipulos, y à los succesores de estos en el Sacerdocio

cio para celebrar el divino sacrificio en memoria suya, y añade, que acordandose, así èl como todo su santo pueblo, de la Pasion bendita del mismo Jesu Cristo, su Ijo, y Señor nuestro, y de su Resurreccion, y de su Ascension al Cielo, ofrece à su incomparable majestad, de los dones que él nos à dado, y que á puesto en nuestras manos, la Ostià pura, la Ostia santa, la Ostia inmaculada, el Pan santo de vida eterna, y el caliz de la perpetua salvacion: y diciendo ésto, aze tres veces la señal de la Cruz sobre el pan y el vino juntamente, una vez sobre el pan, y otra igualmente sobre el vino. Los signos de Cruz que aze el Sacerdote sobre la ostia, y sobre el caliz despues de la consagracion, tienen un fin diferente de aquellos otros signos echos antes de la consagraciòn. Antes de ésta se azen para conseguir la bendicion del pan, y del vino, y para pedir la conversion del mismo pan, y del vino, en el cuerpo y sangre de Jesu Cristo. Pero despues de la consagracion no se dice ya palabra para pedir alguna bendicion, siendo ya todo santo y bendito lo que tenemos sobre el altar, y solamente lo ofrecemos ,, *Offerimus*; y las señales de Cruz que se azen, muestran solo que los dones que tenemos sobre el altar, son el cuerpo y la sangre de Jesu Cristo, el cuerpo crucificado por nosotros, y la sangre derramada sobre la Cruz por nosotros.

La

La Iglesia quiere que el pueblo, y mas particularmente el Sacerdote, despues de la consagracion tenga delante de los ojos á Jesu Cristo inmolado sobre la Cruz. Notense aquellas palabras ,, *Memores, Domine, nos servi tui, sed & plebs tua sancta . . . Offerimus &c.* las quales prueban mas y mas que la santa Misa ès un sacrificio comun del Sacerdote y del pueblo. Las señales de Cruz, que se azen despues de la consagracion sobre la ostia, no son bendiciones sino signos, que acompañan à las palabras, para significar que la ofrenda del cuerpo y sangre de Jesu Cristo ès una continuacion del sacrificio de la Cruz, y de este sacrificio viene toda su virtud á la Misa.

De los dones que nos às dado, y puesto en nuestras manos: dice asi por que la ostia pura, santa &c. no se alla presente en el altar sino por la conversion admirable echa del pan y del vino (que son sus dones) en el cuerpo y sangre de Jesu Cristo. El cuerpo de Jesu Cristo se llama pan en el mismo modo que èl dice ,, *Ego sum panis vivus* ,, (1), esto ès, pan de vida, manjar celestial &c.

Sigue despues el Sacerdote pidiendo al Señor que acepte favorablemente la ofrenda del pan de vida, y del caliz de salud, como aceptó los sacrificios del justo Abel, y de Abraam nuestro Patriarca, y de Mel-

quisedec

(1) *Joan. VI* 41.

chisedec sumo Sacerdote. La ofrenda del cuerpo divino y de la sangre preciosa de Jesu Cristo no puede menos de ser infinitamente grata à Dios. La Iglesia, pués, quando ruega al Señor que admita con agrado ésta ofrenda, pide èsto con respecto à nosotros que la ofrecemos, como si dixese ,, Sednos propicio, ò Señor, por respecto à Jesu Cristo que te ofrecemos, como otras vezes aceptaste, y te fueron gratos los sacrificios de los antiguos Patriarcas, no por otro motivo sino por que eran figuras de Jesu Cristo, y de su Sacrificio: y por éste respecto miraste con ojos de misericordia à àquellos que los ofrecian.,, En una palabra el sacrificio que nosotros ofrecemos ès por si mismo infinitamente agradablè, y acepto al Eterno Padre; pero se ofrece por ombres pecadorès, los qualès necesitàn què Dios perdone sus pecados, y ademas el atrevimiento que tienen de ofrecerle una Ostia tan pura, tan santa ê inmaculada, con manos nunca bastantemente puras y santas. Le pedimos por èso que no nos mirè sino como unidos à la victima que le ofrecemos, y que nos trate por amor de ella con misericordia y clemencia. *Respexit Dominus ad Abel, & ad munera ejus.* (1) La Iglesia aze particular mencion de los sacrificios dè Abel, de Abraam, y de Melchisédec, por que èstos fuèron figuras mas expresas y vivas de

K Jesu

(1) *Genes IV 4.*

Jesu Cristo, de su sacerdocio, y de su sacrificio. Nòtese que *Sanctum sacrificium, immaculatam Ostiam*, se refieren, segun el sentido literal y gramatical, al sacrificio que está sobre el altar, no à los de Abel, Abraam &c. Umillandose pues profundamente delante de Dios el celebrante, y teniendo las manos juntas y puestas sobre el altar, (lo que muestra la accion de un ombre suplicante) con grande instancia y fervor dice: *Te suplicamos umildemente, Dios todo poderoso, mandes que estos dones sean llevados por las manos de tu santo Angel â tu sublime altar, para que todos quantos, participando de este altar, recivieremos el sacrosanto cuerpo y sangre de tu Ijo, seamos colmados de todas las bendiciones y gracias celestiales, por medio del mismo Jesu Cristo nuestro señor: asi sea.* De todas las oraciones de el Canon, ésta es ciertamente la mas dificil de enterderse bien, y de explicarse con claridad. *Ivon* carnotense dice que en ella se contiene un sacramento de la fé, que debe creerse, pero no aspirar à comprenderlo perfectamente. Inocencio III. dá à esta oracion un significado mas llano, sin excluir por èso el otro: *Salvo occulto cœlestis oraculi Sacramento, possunt aec verba, licet simplicius, tamen securius intelligi: Jube aec, id est, vota fidelium, videlicet supplicationes & preces perferri &c.* (1) En

(1) *De Mister. Miss. lib. IV. cap. VI.*

En este caso el Angel que debe presentar tales votos serà aquel, de quien se dixo en la escritura que ofrece las oraciones de los justos à Dios: y que sería el angel tutelar de cada Iglesia, ò sea Diocesis: *Angelo Smyrnae Ecclesiae scribe &c.* (1) En el primer sentido se puede decir que la Iglesia llama à Jesu Cristo con el nombre de Angel; por que abiendo por un exceso de deseo y de afecto rogado a Dios omnipotente que mande que los santos mìsterios sean llevados &c., no à osado decir que mandase à Jesu Cristo que iciese èsto, y que los llevase êl mismo, como en realidad querria que lo iciese, y à pedido que mande sean llevados por mano de su Angel, à quien se á dado en las Escrituras el nombre de Angel del gran Consejo (2) Que èste angel sea Jesu Cristo , aparece claro de la antigua Liturgía, referida en las constituciones apostolicas: *Angeli tui . . . Angeli magni consili tui* (3). Es de observarse por otra parte que la Liturgia que tenemos en la obra de *Sacramentis* atribuida á San Ambrosio, dice ,, *per manus Angelorum* ,, . Jesu Cristo en el altar, segun la doctrina de los antiguos Padres, está acompañado de los angeles, como lo estuvo en la Ascension, y por èso acaso en alguna Iglesia se quiso por respeto nombrar mas bien à los Angeles

---

(1) *Apocal. II. 8.* (2) *Isai. IX. sec. LXX.*
(3) *Lib. VIII.* 12.

geles que al Señor, el qual juntamente con ellos presenta al trono de Dios la oblacion incruenta de sì mismo echa sobre el altar. Por lo demas èsta oracion no ès echa sino para aquellos que comulgan sacramentalmente en la Misa, como aparece de aquellas palabras: *ut quotquot ex ac Altaris participatione &c.* Unamos un sentido con otro, y expliquemos èsta oracion asi: ,, *Aced Dios omnipotente, que el sacrificio de Jesu Cristo os sea ofrecido por el mismo, que és el solo digno de ofreseroslo. Mirad, nó à nosotros, sino á la dignidad infinita de nuestro mediador y de nuestro Pontifice. Aced tambien que los Santos Angeles presenten á vuestra divina magestad nuestros votos, nuestras oraciones, y ademas á nosotros mismos, que seamos ofrecidos juntamente con nuestro Salvador, para que participando del altar visible en la comunion del cuerpo de Jesu Cristo vuestro Ijo, no seamos desechados de vuestro altar invisible, sino que seamos echos dignos de todas las bendiciones.*

Emos dicho arriba, como en el sacrificio era menester que la victima, despues de su inmolacion, fuese quemada para que elevandose el umo de ella â lo alto, viniese à ser la misma victima llevada, por decirlo asi, delante del trono de Dios, y asi la recibiese Dios como ofrenda de grato olor por la qual colmase de sus bendiciones y de

sus

sus gracias à aquellos que la ofrecian. Jesu Cristo fuè inmolado sobre la Cruz, y se izo inmortal por su resureccion (1), la qual à manera del fuego destruiò todo lo que abià de mortal y de corruptìble en èl: se elevò asta el trono de Dios en la Ascension, y asi se izo fuente perenne de las bendiciones y de las gracias derramadas por Dios sobre todos los ombres, en el dia de Pentecostes: *Ascendens in altum . . . dedit dona ominibus* (2). Por tanto representando nosotros, y renovando estos grandes misterios en la Misa, no solo decimos á Dios que le ofrecemos el sacrificio en memoria de la Pasion, Resurreccion y Ascension de Jesu Cristo, no solo le pedimos que lo reciba con agrado, y lo acepte, como agradeciò y admitió los sacrificios que eran figuras de èl, mas tambien le pedimos que èsta victima inmolada misticamente sobre el altar, sea presentada delante de su trono, y con ella nuestros votos, nuestra fè y nuestro amor, afin de que podamos participar nosotros de ella, y ser por su medio colmados de todas las gracias y bendiciones que nos aya alcanzado del cielo.

La Iglesia sabe muy bien que Jesu Cristo no dexa nunca el cielo, y sabe de consiguiente que no puede volver á subir á èl, como si ubiese dexado de estar allà, pero usa de èsta expresion metaforica, aciendo

---

(1) *Rom. VI.* 9. (2) *Epes. IV.* 8.

do alusion á los antiguos sacrificios, en los quales la victima era en cierto modo llevada de la tierra al cielo, y presentada à Dios por los Angeles, de quienes se dice en muchos lugares de las Escrituras que presentan delante del altar de Dios, esto ès, delante de Jesu Cristo las oraciones, los votos, y sacrificios de los ombres (1). Quiere decir pues la Iglesia que conociendonos nosotros indignos de presentar à Dios por nosotros mismos èsta Ostia sin mancha, le suplicamos que mande á uno de sus Angeles, que estàn siempre delante de su trono, que la ofrezca èl mismo al santo altar, esto es, à Jesu Cristo en el cielo, que se una à nosotros en esta grande accion, para que la ofrenda nos sea ùtil.

Rezada la sobredicha oracion, el Sacerdote levantando algun tanto la voz, dice: *Memento etiam Domine &c.* Esto és,, *Acuerdate tambien, Señor, de tus siervos y siervas, que nos an precedido con el sacrificio de la fè, y duermen en el sueño de la paz.* En este lugar se detiene un poco el Sacerdote para encomendar à Dios en particular à los difuntos, por quienes quiere y tiene obligacion de rogar, y despues sigue,, *te suplicamos, señor concedas â éstos, y à todos los que descansan en Jesu Cristo, un lugar de refrigerio, de luz, y de paz, por el mismo Jesu Cristo nuestro Señor: asi sea.*

Como

---

(1) *Tob. XII. Apocal. VIII.* 4.

Como al tiempo de èste *memento* Jesu Cristo vivo y verdadero està sobre el Altar, el Sacerdote tiene siempre los ojos umildemente fixos sobre él, mientras pide por los difuntos.

La Iglesiá, como veis, encomienda à Dios en la Misa à los difuntos, no à todos en general, sinó à los que an muerto en gracia de Dios y en la paz de Dios, los quales teniendo deudas que pagar à la justicia divina, gimen por èso en el fuego, en las tinieblas, y en las afliciones del purgatorio. La Iglesia pues pide por tales difuntos; no pide por los Santos que estan ya en los gozos, en la luz, y en la dulzura inefable del paraìso; no pide tampaco por los difuntos condenados, por que estos no son capaces de refrigerio, ni de gozar la luz, ni la paz de Dios, por que murieron en desgracia de Dios, y condenados à una eterna infelicisima separacion de Diós, y à los eternos tormentos del infierno. Exceptuados pues los santos, y los condenados, la Iglesia pide por todos los difuntos; y èsta buena madre à ninguno de sus ijos olvida, sino que por todos se obra, y para todos implora la misericordia divina en un sacrificio que se ofrece por todos. Y obsèrvese la bella armonia de toda la Iglesia, de aquella que está en los cielos, esto ès, de los Santos, de la de la tierra, esto és, de todos los fieles vivos, y de aquella que sufre en el

Purga-

Purgatorio. La Iglesia que està en la tierra, unida à la Iglesia que està en el cielo, ofrece à Dios á Jesu Cristo en sacrificio, para alcanzar el alivio y la libertad de la Iglesia paciente, esto es; de los fieles que estan en el purgatorio; afin de que reunidas una vez todas juntamente en el cielo con su cabeza y esposo Jesu Cristo, puedan todas tres con un mismo corazon, y con una sola voz, amar, alabar, bendecir, y glorificar à Dios por toda la eternidad. Dios nos lo conceda! Dios nos lo conceda!

Deben pues los Cristianos, mientras el Sacerdote aze este *memento*, recomendar al Señor en particular las personas, por las quales quieren, ó estan obligados à pedír, y rogar tambien generalmente por todos los fieles difuntos. Por que dice la Escritura: *Santo y saludable és el pensamiento y el cuidado de orar por los muertos, para que sean librados de las reliquias de sus pecados.* (1).

Lebanta despues la voz el Sacerdote (esta elevacion de voz debe servir para despertar la atencion y el afecto de los circunstantes,) y dice dandose golpes de pecho en señal de compuncion, y de umildad: *Nobis quoque pecatoribus.* Despues de aver pedido la felicidad eterna para las almas de nuestros difuntos, cómo podremos dexar de pedir para nosotros una gracia tan preciosa?

(1) *II. Machab. XII.* 46.

sa ? Pero nosotros somos, y nos conocemos pecadores, y no pedimos èsta gracia sino confiados en la esperanza de la infinita misericordia divina, de la qual nos confesamos indignos, dandonos golpes de pecho, con el Publicano: y el celebrante alza un poco la voz, para que los asistentes lo oigan, se ùnan à èl, se umillen con el, y con èl imploren la piedad del Señor: *Non enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis. Por que no postramos nuestras oraciones delante de ti, confiados en nuestra justicia, sino en tus muchas misericordias* (1). Dice pues el Sacerdote: *Y tambien á nosotros pecadores siervos tuyos, que esperamos en la muchedumbre de tus misericordias, dígnate azer que tengamos parte y compañia con tus Santos Apostoles y Martires* (y aqui nombra en particular varios santos y santas) *y con todos tus Santos, en cuya compañia te pedimos nos admitas, no atendiendo à nuestros meritos, sino usando de misericordia, por Jesu Cristo nuestro Señor, por quien produces siempre, Señor, santificas, vivificas, bendices, y nos dás todos estos bienes.* Al decir el Sacerdote estas palabras ,, *santificas, vivificas, y bendices* ,, aze tres vezes la señal de la cruz sobre el caliz y sobre la Ostia. Luego, descubierto el caliz, y arrodillado,

(1) *Daniel. IX. 18.*

dillado, adora el divinisimo Sacramento, y tomada la ostia, ò el pan consagrado, teniendo con la mano izquierda el caliz, aze con la misma ostia tres señales de cruz en el caliz diciendo: *Por él, y con él, y en èl, te es debido todo el onor y toda la gloria, à ti Dios Padre todo poderoso, en unidad del Espiritu Santo por todos los siglos de los siglos, asi sea.* Al nombrar al Padre y al Espiritu Santo, aze el Sacerdote con la ostia cada vez una señal de cruz entre el caliz y el pecho.

Abiendo pedido ya á Dios el Sacerdote antes de la consagracion que se digne azer entrar la Iglesia de la tierra en la sociedad y comunion de los Santos, despues de aber pedido lo mismo para las almas purgantes, ò sea la Iglesia del purgatorio, pide lo propio para sì, y para todos los fieles que asisten al sacrificio, en nombre de los quales ábla, y por eso levanta algo la voz para que los mismos asistentes lo oigan, y se unan á èl quando dice ,, *Nobis quoque pecatoribus,, y tambien á nosotros pecadores.*

En esta oracion se mencionan varios santos, todos martires, pero de todo sexo, y de todo orden, obispos, sacerdotes, Diaconos (San Juan Bautista se puede contar por los legos) casadas y virgenes; y con ésto nos aze ver la Iglesia como de todos los estados saca Dios sus escogidos, y anima

anima de este modo à todos los cristianos à que procuren azerse quales se izieron los santos, pudiendo decirse cada uno á sì mismo, segun la bella expresion de San Agustin: *Quod isti, & istae, cur non ego? Lo que icieron estos y estas, por què no lo è de azer yo?* En la misma oracion abeis entendido en què manera deben pedir los cristianos ser admitidos en el consorcio de los santos, es decir, suplicando al Señor que no atienda à nuestros meritos, por que sabemos que somos pecadores, sino que nos aga esta gracia por su misericordia. La vida eterna no ès una cosa debida, sino mas bien una gracia, y una misericordia: *gratia Dei vita aeterna* (1): podemos merecerla, pero nuestros meritos son un puro efecto de la gracia, y de la misericordia que Dios usa con nosotros por medio de Jesu Cristo. Antiguamente en alguna Iglesia al fin del cánon se bendecian los frutos, las legumbres, la leche, la miel, y cosas semejantes, â fin de alcanzar de Dios que iziese de este modo que usasen santamente de quanto à dado á los ombres para su sustento. Esta bendicion se azia immediatamente, antes de aquellas palabras,, *Por Jesu Cristo nuestro señor, por quien produces &c.* Pero esta bendicion no era en aquellas palabras *Per quem hæc omnia &c.* como alguno à imaginado: abia alli una bendicion señalada para

(1) *Rom. VI.* 23.

para aquella ceremonia. Por medio de Jesu Cristo *produce* Dios el pan y el vino, de que nos servimos para el sacrificio, por que todas las cosas an sido criadas por el Ijo de Dios (1). Dios *santifica* el pan y el vino, eligiendolo y destinandolo para materia del sacrificio: *vivifica* el pan y el vino, por que siendo antes substancias inanimadas, por medio de la consagracion las transforma en el pan vivo descendido del cielo, y en la sangre viva y vivificante de Cristo, poniendo en su lugar à Jesu Cristo, pan vivo venido del cielo: (2) lo *bendice*, por que el cuerpo y la sangre de Jesu Cristo, producidos por la conversion de la substancia del pan y del vino, son sacrificio de bendicion, y de alavanza, ofrecido á gloria de Dios, y fuente perenne de bendiciones para la Iglesia. *Y nos lo dà* por medio de la Santa Comunion, en que recibimos el cuerpo y la sangre de Cristo.

Mas en aquellas preciosas palabras „ *Por èl, con èl, y en el &c.* viene a confesar la Iglesia que solo el sacrificio de Jesu Cristo puede tributar à Dios el onor que le ès debido, y que no se puede onrar à Dios sino por medio de Jesu Cristo, con Jesu Cristo, y en Jesu Cristo: *Por medio de Jesu Cristo,* por que ès el unico medíador por cuya gracia podemos agradar à Dios: con *Jesu Cristo,* por que para agradar

(1) *Joan.* 1. 3. (2) *Joan. VI.* 51.

dar à Dios y onrarlo, es necesario estar unidos à Jesu Cristo, tener sus sentimientos, y estar en todo y por todo sujetos á èl, y dependientes de èl: *en Jesu Cristo*, por qué no podemos ser gratos à Diòs sino somos incorporados con Jesu Cristo como sus miembros.

Las señales de cruz que aze el Sacerdote sobre el caliz, y la ostia, son para mostrar que la accion por la qual el pan y el vino son santificados, vivificados, y echos principio de bendicion para nosotros, representa y continùa el sacrificio de la cruz, y que Dios no puede ser onrado sino por virtud del sacrificio de la Cruz.

Con azer estas cruzes se demuestra que siempre que decimos *èl*, *ò este*, entendemos que la ostia y el caliz contienen indivisiblemente el mismo Jesu Cristo inmolado sobre la cruz. Quando nombramos à Dios Padre y al Espiritu Santo, los quales no estan unidos personalmente al cuerpo y à la sangre de Jesu Cristo, las señales de la Cruz se azen fuera del caliz, por que èsto basta para expresar que el mayor culto que podemos ofrecer á las divinas personas consiste en el sacrificio de la cruz de Cristo. La elevacion de la ostia y del caliz se aze una vez, diciendo aquellas palabras *per ipsum &c.*, à las quales por eso en los antiguos sacramentarios, ó misales, no se vé añadida ninguna señal de cruz.

El

El Sacerdote, despues que á dicho *omnis onor & gloria*, levanta un poco el caliz y la ostia. Asta el siglo Doce se elevaban de modo que el pueblo pudiese ver el caliz y la ostia, y adorar à Jesu Cristo, por quien se tributa à la Trinidad Santa el onor y la gloria; y esta era la unica elevacion que se aciá en la Misa. Introducida la otra elevacion, que se aze inmediatamente despues de la consagracion, se à conservado solamente alzar un poco el Sacramento por modo de protesta de que solo por Jesu Cristo, con Jesu Cristo, y en Jesu Cristo puede tributarse onor à la Santisima Trinidad. En muchas Iglesias, à ésta elevacion se toca todavia la campanilla, y el ministro dice „ *Ave salus, ave vita, ave redemptio nostra* . „ Los antiguos ordenes de la Iglesia Romana, y tambien los misales romanos impresos asta toda el siglo XVI. traen que el Sacerdote tenga la ostia y el caliz un poco alzado asta que aya dicho: *Per omnia secula seculorum*, y el pueblo aya respondido *amen*, y que entonces pòse la ostia y el caliz en el altar. Si se restableciese esta practica serviria para mostrar mas claramente à los fieles que el *Per omnia secula &c.* y el *amen*, no son otra cosa que la conclusion y confirmacion de todo quanto comprende el cánon, esto es, de la oracion que principia *te igitur &c.* y acaba, con esta palabra *Amen*, la qual

(segun

(segun Floro) dicen los fieles, ò el coro, ó el ministro en su nombre, para consumacion del gran misterio, ratificando, y subscriviendo por decirlo asi, á quanto el celebrante à dicho à Dios secretamente en su nombre. Nótese que algun Obispo de Francia à restablesido en este siglo el dicho rito antiguo.

Quando el Sacerdote dice: *Novis quoque pecatoribus* ,, debe el pueblo darse golpes de pecho con verdadero dolor de sus pecados, pedir perdon de ellos à Dios, y la gracia de ser admitido en la sociedad de los santos, cuyos nombres â rezado el Sacerdote: segundo, debe adorar à Dios por Jesu Cristo, con Jesu Cristo, y en Jesu Cristo.

Aqui comienza una parte nueva de la Misa, que contiene la preparacion à la comunion. Asta aqui el Sacerdote á orado siempre en secreto desde el principio del cánon. Aora levanta la voz para que el pueblo pueda demostrar su union con el Sacerdote, y ratificar con su consentimiento todo lo que èste á dicho à Dios en su nombre, y del pueblo. Dice pues: *Per omnia secula seculorum, por todos los siglos de los siglos*, y el pueblo por boca del ministro responde, *asi sea*. Entonces el Sacerdote reza aquella admirable divina oracion enseñada à los fieles por Jesu Cristo, (1) la oracion Dominical, ò sea el *Padre nuestro*; pero

(1) *Mat. VI.* 9. 10. 11. 12. 13.

pero antes de empezarla protesta al Señor, que no se atreveria à ablar à Dios con aquellos tiernos sentimientos de confianza, que se expresan en la misma oracion, si Jesu Cristo no le ubiese ordenado, y enseñado à orar de tal modo. Despues de ésta declaracion dice *Padre nuestro &c.*

El *Pater noster* es precedido de un breve exordio que nos à venido desde la mas remota antiguedad: *Instruidos por los preceptos saludables* (de Jesu Cristo), y *siguiendo la formula divina que nos á sido dadá; tenemos la confianza de decir &c.* La Iglesia reconoce y protesta que semejante manera de oracion ès tan onrosa y gloriosa para nosotros, que nunca se atreverìa à usarla, si Jesu Cristo mismo no la ubiese ordenado acerlo. Pero; ¡ què realce debe dar à nuestra esperanza el reflexionar que rezamos con la Iglesia esta oracion al mismo tiempo que tenemos sobre el altar, y por desirlo asi, entre nuestras manos, à Jesu Cristo mismo, que nos la à enseñado, sacrificado y ofrecidose por nosotros, afin de merecernos todo lo que con ella pedimos à Dios! Tertuliano llama al *Padre nuestro, Breviario de todo el Evangelio.* (1) La Iglesia querria que para poder decir con fruto èsta oracion estuviesen sus ijos en estado de gracia, y por eso Optato Milevitano escribe que concluido el canon, el Obispo

(1) *Lib. de Orat. Cap. I.*

Obispo ò Sacerdote imponia las manos para la remision de los pecados à aquellos que necesitaban ser reconciliados, y despues vuelto al altar, rezaba la oracion del Señor (2). En la Iglesia Griega, y en otras partes, el *Pater noster* se rezaba juntamente por el pueblo, y por el Sacerdote. La Iglesia Latina lo à echo rezar siempre por el Sacerdote solo, pero para que el pueblo tuviese tambien su parte en él, ordenò luego que el pueblo dixese la ultima de las siete peticiones, que ès quasi una recopilacion de toda la propia oracion, como quien dixese ,, *libranos de mal* ,, (esto és de todos aquellos males del cuerpo ò del alma, espirituales, ó temporales, que pueden ser causa de que nosotros perdamos los bienes eternos) ; libranos, para que podamos glorificar tu nombre, para que reynes en nuestros corazones, y agamos tu voluntad &c.

Vosotros sabeis, amadisimos ermanos, que ésta oracion contiene quanto se debe ó se puede pedir â Dios por un cristiano, y por èso à querido la Iglesia que la rezàsemos solemnemente en el tiempo del sacrificio, en el tiempo en que tenemos à nuestra vista, y casi en nuestras manos, para ofrecerla, la victima santa, è inmaculada, por cuyo medio debemos alcanzar quanto pedimos, y sin la qual nada podemos obtener. El pueblo debe rezar el *Padre nu-*

M estro

(2) *Lib. II. advers. Parmen.*

estro con el Sacerdote, con sentimiento de viva fè, y de esperanza firme.

En varias Iglesias al tiempo del *Pater noster* el Diacono en la misa cantada muestra al pueblo la patèna para avisarle que se acerca el tiempo de la comunion, y que es tiempo de prepararse a recibirla, siendo la patèna el plato sobre el qual se pone el cuerpo de Jesu Cristo que se á de distribuir à los fieles. Esta patèna desde el ofertorio asta el *Pater noster* la tiene el Subdiacono al pie del altar en la misa cantada, por que despues que la dicha patèna à servido al ofertorio para poner en ella el pan que se à de consagrar, és inutil asta la comunion, por que el pan despues de la ofrenda se pone inmediatamente sobre el altar, y por èsto se dà à guardar la paténa al subdiacono, que por entonces no tiene otro oficio que azer.

La ultima peticion de la oracion Dominical se dice por el pueblo ,, *Liberanos â malo : libranos de mal*: y el Sacerdote en voz baxa responde ,, *Asi sea*: *amen*; y tomando la paténa sigué diciendo: *Te rogamos señor que nos libres de todos los males pasados, presentes, y futuros; y por la intercesion de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen Maria, Madre de Dios, y de tus bienaventurados Apostoles Pedro, Pablo, Andres, y de todos los santos, dános por tu bondad la paz en nuestros*

tros dias, para que auxiliados de tu misericordia, seamos libres del pecado, y preservados de todo peligro por nuestro señor Jesu Cristo tu Ijo, que vive y reyna contigo en unidad del Espiritu Santo por todos los siglos de los siglos. Los males pasados de que pedimos ser librados son nuestros pecados: los presentes son las tentaciones interiores ó exteriores que inducen à pecar: los males futuros son las penas eternas merecidas por nuestros pecados, de las quales esperamos, y pedimos ser absueltos por medio de Jesu Cristo. Reduce pues aqui la Iglesia todas sus peticiones à estas dos: primera, ser libres del pecado, por que el pecado ès el unico verdadero mal, mal infinito, mal que èl solo puede perdernos en el alma y en el cuerpo: los otros males no son males verdaderos, pueden ser un bien para nosotros, y son efectos y pena del pecado: la segunda cosa que se pide ès la paz: esta ès un resumen y un compendio de todos los bienes, y esta paz no puede tenerse sino con la absolucion del pecado: *Los impios, los pecadores, no tienen paz, dice Dios.* (1).

Antes de decir *dànos la paz*, el Sacerdote aze sobre si mismo con la patèna la señal de la cruz, y al decir aquellas palabras, besa la patena. La paténa ès instrumento y simbolo de la paz, por que sobre

(1) *Isai*. XLVIII. 22.

bre ella se pone el cuerpo de Cristo, que se distribuye en señal de paz, y por esto la besa el Sacerdote quando dice *danos la paz*. Se aze con ella la señal de la cruz para azernos entender que la paz y todo bien nos à venido de la cruz de Jesu Cristo: *Ispe est pax nostra... solvens inimicitias in carne sua. El es nuestra paz... aviendo disuelto la enemistad en su carne;* (1) quiere decir la enemistad entre Dios y el pecador. *Pacificans per sanguinem crucis ejus &c. A dado la paz por medio de la sangre de su cruz &c.* (2) Se implora el auxilio de todos, y nombradamente de la santisima Virgen que fue la madre del Dios de la paz, y los tres primeros Apostoles que anunciaron à los ombres el Evangelio de la paz. Rezada la sobredicha oracion, y puesta la sacrosanta ostia sobre la paténa, el Sacerdote arrodillandose adora el Sacramento, y tomada la ostia la divide por el medio sobre el caliz, y posando una parte de ella sobre la patena, de la otra mitad que tiene en la mano separa una partìcula, y puesta la porcion mayor igualmente sobre la patena, y teniendo la dicha partìcula entre los dedos consagrados, aze con ella tres signos de cruz, sobre el caliz, diciendo ,, *La paz del señor sea siempre con vosotros*. A estas palabras en los seis primeros siglos se daban los fieles unos

á

(1) *Ephes. II.* 14. (2) *Coloss. I.* 20.

à otros el osculo de paz.

Esta particion de la ostia se aze à imitacion de Jesu Cristo, que partió el pan antes de distribuirlo à los Apostoles. Todos los cristianos saben que partiendose la ostia no se rompe ni se parte el cuerpo de Jesu Cristo, el qual queda entero en todas las partes de la ostia, aun las mas menudas. Todo el Occidente aze tres partes de la ostia, una para echarla en el caliz, otra para el Sacerdote, y la tercera que se dividia en muchas para la comunion del pueblo, y tambien para guardar para la comunion de los enfermos, quando por lo comun en una misma Iglesia solo se decia una misa cada dìa. Las ostias para èsto eran mucho mas grandes. Ay pues alli la parte de la comunion del Cuerpo de Cristo para todos los que asisten a la misa, segun los deseos de la Iglesia, que quisiera en verdad que todos los cristianos estuviesen siempre en estado de comulgar quando oyen misa (1).

La razon por que se mezcla el cuerpo con la sangre, parte ès natural, y parte misteriosa. En primer lugar debe saberse que amàs de la particula que nosotros echamos aora en el caliz, los antiguos echaban aquella que abia enviado el Obispo, ò bien aquella que ellos mismos abian reservado

(1) *Conc. Trid. sess. XXII. de sacrif. Miss. Cap. VI.*

L. 25 S.

vado en el precedente sacrificio. El Papa, y los otros obispos de Italia, mandaban en todos los Domingos à los Presbiteros de las Iglesias titulares una partìcula de la ostià consagrada en su Misa, y los Sacerdotes echaban esta particula en el calìz diciendo *Pax Domini &c.* en señal de comunion. Asi los obispos en su consagracion recibian del consagrante una ostia muy grande, de la qual por algunas semanas ponian cada dia una particula en el caliz. De la ostia que el Papa consagraba en los dias de Pasqua (de Resurreccion) de Pentecostes, del Espiritu Santo, y Navidad, una parte se conservaba para llevarla à las estaciones que se azian en el discurso del año, y se echaba en el caliz al decir aquellas palabras *Pax Domini &c.* siempre que el Papa nò concurria á la estacion (1). El Papa y los obispos antes del quarto siglo, recibian la Eucaristia de las Iglesias mas remotas (2), y conservaban tambien una parte de la ostia consagrada, siempre que decian misa, para el sacrificio siguiente. Estas particulas, que una Iglesia enviaba à otra, se llamaban *Fermentum*, levadura de comunion y de caridad, que azia ver que el Papa y los obispos ofrecian un mismo sacrificio, y que todos ellos juntamente con los

(1) *Vide Mabill. Iter Ger. man & Missac. Ital.* (2) *Vide S. Irerei Epist. ad Victor Pap.*

los fieles, que participaban, azian un solo pa: , y un solo cuerpo. (1). Esta partìcula de la ostia consagrada anteriormente se llevaba en una caxa delante del Papa, quando iba al altar, y èl la adoraba antes de comenzar la Misa. (2) Pero prescindiendo de todo ésto, la mezcla de una partìcula de la ostia consagrada en el mismo dia, con la sangre, se à usado siempre.

En quanto à la particula enviada por otras Iglesias, ò por los obispos, se ponia en el caliz en señal de comunion, como emos dicho. La partìcula guardada del sacrificio precedente, se ponia, à la verdad, en el caliz con la del mismo dia, para demostrar la unidad, y la continuacion del sacrificio. Pero esto se podia azer asi, por que siendo las ostias en aquellos tiempos mas gruesas y solidas que aora, podia aberse endurecido la particula, y asi se umedecia à fin de consumirla mas facilmente. En muchas Iglesias Griegas la Eucaristia para los enfermos se aparta para todo el año el Juebes Santo, y el Sacerdote la baña en el vino quando la administra. Acaso lo arian asi los primeros cristianos, y los solitarios, que llevaban la Eucaristia à sus casas, ò á los desiertos (1). Pero la gran miste

(1) *Corint.* X. 17 (2) *Mabill. Coment in Ord. Rom. art. VI. n.* 1. (1) *Vide Bolland. Acta S. Lucae ad idem 7. Febr.*

misteriosa razon por que aùn aora mezclamos nosotros una parte de la ostia con la sangre de Jesu Cristo, ès la de manifestar la reunion del cuerpo y de la sangre, y explicar asi el gran misterio de la Resureccion. La consagracion separada del cuerpo y de la sangre es una imajen de la muerte del Salvador, como lo emos dicho otra vez: la reunion del uno y de la otra explica la nueva vida que Jesu Cristo recobró en su resureccion.

Mientras el Sacerdote pone la dicha particula de la ostia en el caliz, dice: *Esta mezcla del cuerpo y de la sangre consagrada de Jesu Cristo sea para nosotros, que los recibimos, principio de vida eterna: asï sea.* Adorado despues el Sacramento, el Sacerdote, dandose tres golpes de pecho, dice dos vezes èsta preciosa oracion: „ *Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros*: y una vez: *Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, danos la paz.* El cordero de Dios es Jesu Cristo, el qual à borrado con su sangre los pecados de todos los ombres. A esta oracion sigue otra, con la qual el Sacerdote profundamente inclinado pide ardientemente à Jesu Cristo, el qual en las Escrituras se llama Rey de paz, que no atendiendo à sus pecados, sino à la fé de su Iglesia, conceda á la Iglesia la paz, y que reuna generalmente toda la misma

Iglesia

Iglesia, de modo que todos los fie'es que son sus miembros, agan un solo cuerpo y una sola alma, y con èste espiritu de union y de caridad mutua, se lleguen todos à participar del sacramento de paz y de union. Concluida esta oracion se dà en las misas cantadas el òsculo de paz entre los fieles para demostrar que todos nosotros, que participamos de un mismo pan, somos un solo cuerpo, y un solo espiritu (1).

El misterio de la Eucaristia es el simbolo de esta union, ò por mejor decir, de ésta unidad. El pan ès compuesto de muchos granillos de trigo, los quales echos arina, amasados, y mezclados juntamente azen un solo cuerpo: el vino se compone de muchos granitos de vba, los quales pisados y mezclados juntamente azen lo que se llama vino. Asi todos los fieles que participan de la mesa de Jesu Cristo, estan todos reunidos en Jesu Cristo para azer una sola cosa con èl, estando incorporados á èl por medio de la participacion de su sacratisima carne. Deben pues ser una sola cosa por decirlo asi, un solo cuerpo, un solo espiritu, entresì, y con Jesu Cristo. El Sacerdote, antes de dar la paz al Diacono, besa el altar para manifestar que no podria darsela para que èl la diese al Subdiacono, y este al Pueblo, si no la ubiese recibido de Jesu Cristo de quien es figura el altar. Al-

(1.) *I. Corînt. X.* 17.

guna vez se usaba en muchas Iglesias, que el Sacerdote antes de dar la paz besase la ostia. El pueblo debe en éste tiempo pedir á Dios la concordia y la mutua caridad entre todos los cristianos, que todos son ermanos, y todos incorporados con Jesu Crísto: y cada uno debe pedir al Señor que no le permita violar jamas aquella bella y santa union que Jesu Cristo recomendò tanto à sus fieles, asta decir que por su mutua càridad se reconocerian sus verdaderos discipulos (1).

Al *Agnus Dei* (Cordero de Dios, &c.) el celebrante se dà golpès de pecho diciendo ,, *Miserere nobis* ,, para mostrar la compuncion de su corazon. Esta oracion la emos tomado de San Juan Bautista (2). La repetimos tres veces para manifestar que conocemos la infinita necesidad que tenemos de la misericordia divina.

Pero aproximandose ya el tiempo en que el Sacerdote debè comulgar, mirando con fè à Jesu Crísto presente le dice ,, *Señor Jesu Cristo, Ijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, y cooperacion del Espiritu Santo, diste la vida al mundo con tu muerte, librame por tu sacrosanto cuerpo y sangre aqui presente, de todas mis iniquidades, y de todos los malès; y az que yo sea siempre constante observador de tus mandamientos y no permitas que me separe*

(1) *Joan.* XII. 34. 35. (2) *Joan.* 1. 29.

separe jamas de ti, que vives y reynas con el mismo Dios Padre, y con el Espiritu Santo por los siglos de los siglos, asi sea. Señor Jesu Cristo, az que la participacion de tu cuerpo, que yo me atrevo à recibir, aunque indigno, no sea para mi motivo de juicio y condenacion, antes bien por tu misericordia me sirva de defensa del alma y del cuerpo, y de un remedio saludable. Concedemelo, ò Dios, que vives y reynas con el Padre y el Espiritu Santo, por todos los siglos de los siglos, asi sea.

La primera oracion, *Dominè Jesu Criste, qui dixisti Apostolis &c. Señor Jesu Cristo que dixiste á los Apostoles &c.*, aze la Iglesia que la diga el Sacerdote por sì en particular. *No mires à mis pecados: ne respicias peccata mea &c.* En el altar siempre abla el celebrante umilde y baxamente de sì, pero de los fieles con mucho miramiento. *Pacem reliquo vobis, pacem meam do vobis &c. La paz os dexo, mi paz os doy &c.* La paz que Jesu Cristo dexaba à los Apostoles, dice San Agustin (1), era aquella que consiste en la buena conciencia, y en la suavidad que el ombre espiritual alla en la ley de Dios: èsta paz és un gran don, pero no està sin embargo exenta de toda turbacion è inquietud. Aun con ella en

(1) *In Joan. Evang. Tract. LXXVIII. n.* 3. 4.

en el corazon se necesita todavia combatir, y suplicar que se nos perdonen nuestras deudas. *Os doy mi paz,* quiere decir os doy una paz estable, segura, perfecta, y eterna. *Secundum voluntatem tuam pacificare &c.* La paz que es segun la voluntad de Jesu Cristo, es aquella misma de que èl goza, la qual debe reunir todos los miembros de la Iglesia con èl y con la augustisima Trinidad, *ut in nobis unum sint* (1). El dar la paz por medio de un instrumento destinado à ello, no se usò jamas en los primeros siglos. Los ombres y las mugeres (èstas estaban separadas de aquellos) se daban la paz con el òsculo usado desde los primeros dias de la Iglesia. La confusion dé los dos sexos fué tal vez causa de que dexase de usarse el dar la paz, y que en donde se conservó el uso de darla, se iziese por medio del *osculatorio,* que tambien se llama la paz. Por lo demas nadie debe llegarse al sacrificio de unìon, de paz y de amor, sin el espiritu de paz y de union.

Como éstas oraciones son echas para la comunion sacramental, y oy dia son pocos los que comulgan á la Misa, por eso todo cristiano debe saber el modo de comulgar espiritualmente, baxo el supuesto de que èsta especie de comunion debe azerse por todo el que oye Misa, como enseña el Concilio

(1) *Joan.* XVI. 21.

Concilio de Trento (1).

Tomado despues el cuerpo de Jesu Cristo con la mano izquierda, dice: *Tomarè el pan celestial, è invocarè el nombre del Señor,* y luego lebantando la voz dice tres veces, dandose un golpe de pecho en cada una: *Señor, no soy digno de que entres en mi morada; pero decid una sola palabra, y mi alma será sana.* Despues de tantas purificaciones y ruegos, el Sacerdote de Dios se protesta indigno de recibir el cuerpo y sangre de Jesu Cristo, para confusion de tantos cristianos que se creen siempre dignos de la sagrada Comunion, que se disgustan de aquellos confesores, que tal vez se la niegan por onor del sacramento de Jesu Cristo, y por bien de sus almas. Semejantes cristianos, recibiendo el cuerpo del Salvador, sin umildad y sin verdadero amor, lo reciben ciertamente no para su salvacion, sino antes bien para su condenacion. Por ultimo è aqui el momento de la consumacion del sacrificio. *Tomarè el pan celestial &c.* Se explica con estas palabras el deseo ardiente de una alma que sabe la necesidad que tiene de Jesu Cristo, y toda se consuela á la vista de èste manjar divino. El ambre espiritual debe preceder. *Afflixit te penuria, & dedit tibi in cibum manna. Te afligio con la escasez, y te dio por alimento*

(1) *Sess. XXII. de Sacrif. Miss. Cap. VI.*

mento el manà (1).

Despues de estos actos de publica umillacion, tòma con suma reverencia la ostia santa, y signandose con ella dice ,, *El cuerpo de nuestro señor Jesu Cristo guarde mi alma para la vida eterna. Asi sea*: y luego que à consumido, juntando las manos, se pàra por un brevisimo espacio de tiempo ā meditar sobre el gran bien que à recibido: y seguidamente recoge con la patena los fragmentos de la ostia (à éstos fragmentos ò particulas llaman los Griegos *perlas*) que pueden aber quedado sobre los corporales, diciendo entre tanto: *Con què corresponderé al Señor por todos los beneficios que me à echo ? Beberè el Caliz de la salud, é invocarè el nombre del Señor &c.* El caliz de la sangre de Jesu Cristo es el caliz de bendicion ofrecido por el Salvador en accion de gracias, y en este mismo caliz àlla el Sacerdote el modo de dar gracias dignamente al Señor: y signandose con el caliz dice igualmente ,, *La sangre de nuestro señor Jesu Cristo guarde mi alma para la vida eterna, asi sea.* Bendita la preciosa sangre (dice la rubrica del Misal Romano), el Sacerdote dà la comunion à los que estan dispuestos à recibirla, y al tiempo de la comunion del pueblo se canta lo que se llama *Postcomunio*, que el dia de oy consiste en una antifona, la qual antiguamente

(1) *Deuteron. VIII. 3.*

tiguamente se cantaba despues de un Salmo, que tambien se cantaba mientras comulgaba el pueblo. El canto del salmo acaso comenzó á omitirse quando empezaron á disminuirse las comuniones de los fieles à la misa.

E aqui como se azìa antiguamente la comunion. El celebrante, despues de aber echo la suya, daba el cuerpo y la sangre de Jesu Cristo á los Sacerdotes, que abian dicho la misa juntamente con èl. Los Diaconos recibian la especie del pan del celebrante, y la especie del vino de los Sacerdotes asistentes: los subdiaconos, y el resto del clero, recibian el cuerpo de Jesu Cristo del celebrante, y el caliz de los Diaconos. Los Presbiteros distribuian èl cuerpo de fila en fila, al pueblo juntamente con el celebrante, y los Diaconos el caliz à aquellos que querian comulgar con ambas especies. Los primeros à comulgar eran los ombres, los quales recibian el cuerpo de Jesu Cristo en la mano desnuda, y por si mismos se lo metian en la boca. Despues de los ombres comulgaban las mugeres, dandolas tambien el cuerpo de Jesu Cristo con la mano, pero en muchas Iglesias, y particularmente en el Occidente, las mugeres recibian á Jesu Cristo en la mano cubierta con un pañito que se llamaba *Dominical*. Los Sacerdotes recibian la comunion delante del altar, los Diaconos detras del altar, el resto del clero

dentro

dentro del coro, y todo el pueblo fuera del coro, cada uno en su puesto, llevandose por todas partes la comunion à fin de evitar la confusion.

Antes de dar la comunion decia un Diacono en alta voz *Sancta Sanctis, las cosas santas son para los santos*. Las quales palabras aun aora se dicen en la Iglesia Griega por el celebrante. Al dar la comunion decia el Sacerdote *Corpus Cristi*; y el que la recibia respondia *Amen, asi és*. Por muchos siglos nó se celebraba la misa en la Iglesia, sin que los asistentes comulgasen con el Sacerdote, y el orden natural lo queria asi. La misa ès sacrificio del pueblo, como del Sacerdote: pide pues la razon que el pueblo participe del sacrificio juntamente con el Sacerdote, è inmediatamente despues de èl. El Sacrosanto Concilio de Trento explica sobre èsto los deseos santos de la Iglesia nuestra madre. *El sacrosanto Concilio desearía que en cada misa los fieles que asisten á ella . . . recibiesen sacramentalmente la Eucaristia, para que pudiesen recibir mas abundante fruto de éste santisimo sacrificio* (1). Pero la comunion espiritual á lo menos està ordenada è inculcada por el mismo santo Concilio (2).

Siendo acaso mas de desear que de esperar que entre los cristianos se alle un numero

(1) *Sess. XXII. de Sacrif. Miss. Cap VI.*
(2) *ibi.*

numero bastante grande de personas que vivan de modo que merezcan comulgar siempre que oyen misa, serìa al menos de procurarse que las comuniones de los fieles, segun el espiritu de la Iglesia, se iziesen todas (excepto las de los enfermos) al tiempo de la misa: y los obispos que en quanto ès posible se afanan por restablecer semejante disciplina, son de alabar y de imitarse. San Carlos ordena èsto en el quinto Concilio de Milan (1). El uso del *Confiteor, del Agnus Dei &c.* y del *Domine non sum dignus &c.* era solamente para la comunion de los enfermos. Introducido poco à poco el uso de dar la comunion fuera de la Misa (2), vino de èsto el *Confiteor*, y la absolucion que se dicen oy antes de la comunion, aun en la misa. Algun vestigio de èste nuevo uso se alla en algun misal ù *Orden*, de ocho ò nueve siglos à. Quando por justisimas razones se comenzò à no dar ya la comunion sino baxo de una sola especie à los fieles, se creyò propio presentarles vino puro, ó mezclado con agua, pudiendo ser necesario para pasar la forma sagrada, labandose con èl la boca, para que no pudiese quedar alguna particula del Sacramen-

 to

(1) *Conc. Mediol. Provinc. V. Part. I. de is, quae ad santiss. Euch. Sacr. pertin, Acta Eccles. Mediol. Part. I. pag. 176.*

(2) *Vide Morin. De Poenit. lib. VIII. Cap. XLV.*

to entre los dientes. En las comuniones generales se practica aun esto en algunas Iglesias de Italia, y de *España*, y aun en las comunidades. Al distribuirse la Eucaristia al pueblo, se oiá cantar ,, *Gustad y ved quan suave ès el Señor, Gustate & videte quam suavis est Dominus* (1) . Asi refiere San Cirilo (2).

Despues de la comunion, tomando vino en el caliz se purifica el Sacerdote, esto ès, se laba la boca, en la qual podria aun aber quedado alguna particula de la ostia, ò alguna gota de la preciosa sangre: luego, tomando vino y agua en el caliz, purifica y laba el caliz, y sume la misma purificacion, ò sea ablucion. Aziendo todo esto reza dos bellas oraciones. En la primera pide que el Cuerpo y la sangre de Jesu Cristo sea para él un remedio saludable que lo sostenga y conserve por toda la vida asta la eternidad. En la segunda que sea para él un manjar de vida que conforte su corazon, y lo reanime: y asi como el alimento corporal, para ser util al ombre, ès necesario que se encierre en el estomago para convertirse alli en un jugo vital que se transmita à todas las partes del cuerpo, asi el cuerpo y la sangre de Jesu Cristo, alimento de nuestras almas, se insinùe en la parte mas ìntima de nosotros mismos, en nuestros

(2) *Catech. Mystag. Vn.* 40.. (1) *Ps. XXXIII. 9.*

nuestros afectos, y los purifique, y los retorne al amor suyo, y de su caridad, y los enfervorice à fin de que vivamos de su misma vida. Echo èsto va al lado derecho del altar, y alli reza la antifona llamada *Comunion*, que ès un verso que á quedado de los muchos que se cantaban durante la comunion del pueblo. En las constituciones apostolicas (1) se asigna para cantarse al tiempo de la comunion el Psalmo XXXIII. En otras Iglesias se cantaban imnos sacados de los Salmos (2). Se cantaba el salmo por *antifona*, esto ès, se repetia despues de cada verso del salmo un versiculo determinado, como en el XXXIII. era probablemente aquel: *Gustate & videte quam suavis est Dominus* Se cantaba, pues, al modo que nosotros el *Venite exultemus Domino* (3). Despues de la antifona reza el *Postcomunio*, que ès una oracion con la qual el Sacerdote y el pueblo dan gracias al Señor de la que an recibido en la santa comunion. Con esta oracion se concluye la misa, por lo que dicha la oracion saluda el Sacerdote al pueblo diciendo,, *El señor sea con vosotros*, y respondido por el pueblo ,, Y con tu espiritu ,, dice el Sacerdote,, *Idos, la misa està finalizada* ,, *Ite, misa est* ,, podeis

(1) *Lib. VIII. cap. XIII.* (2) *Vide S. Aug. Retract. lib. II. cap. XI.* (3) *Vide Josef. tomasi Praef. in Antiq. Lib. Miss.*

podeis retiraros, os es permitido retiraros, por que la misa se à concluido: à lo que el pueblo responde por boca del ministro,. *Deo gratias* ,, *Gracias sean dadas à Dios*,,

El sacrificio de accion de gracias no puede acabarse mejor que con el publico tributo de ellas, que aze el pueblo que à asistido à èl, respondiendo *Deo gratias*. El *Ite Misa est*, y su respuesta se usaban desde el quinto siglo (1). Antiguamente no se decia el *Ite, Misa est*, quando debia mantenerse todavia el pueblo en la Iglesia, por que faltase otra oracion ù oficio en que el pueblo debiese allarse: y por eso se ā conservado el uso de que en las misas de los dias de ayuno y de penitencia no se diga *Ite, Misa est*, sino *Benedicamos Domino*, por que en tales dias el pueblo permanecia en la Iglesia á decir visperas.

Vuelto el Sacerdote àcia el altar, reza vna oracion en que pide à la Santisima Trinidad que acepte con agrado el omenage de su servidumbre, y aga que el sacrificio que à ofrecido sea de propiciacion para èl, y para todos aquellos por quienes lo à ofrecido, y dicho ésto, bendice al pueblo *en el nombre de Dios omnipotente, Padre, Ijo, y Espiritu Santo*. El pueblo asistente à la misa debe para éste acto rogar umildemente al Señor que lo bendiga por medio del Sacerdote, y que aga de suerte que esta bendicion

(1) *Vid. Avit. Vien Epist.*.

dicion sirva de prenda y de arras de aquella que esperamos recibir de Jesu Cristo en el dia del Juicio final, quando bendiga à sus escogidos, y los llame à participar de su reyno.

La oracion *Placeat tibi Sancta Trinitas &c.* no azìa parte de la misa, sino que se decia en particular por el Sacerdote concluida la Misa, y mientras se desnudaba. Ella tiene nueve siglos por lo menos de antiguedad. La bendicion al fin de la Misa ès antiquisima en la Iglesia Griega (1) Asta el undecimo siglo, los simples Sacerdotes no se atrevieron nunca á dar bendicion al pueblo. Un canon del primer Concilio de Orleans del año de 511. decia ,, *Populus non ante discedat quam Misae solemnitas compleatur, & ubi Episcopus fuerit, benedictionem accipiat Sacerdotis. El pueblo no se separe antes que se concluya la solemnidad de la Misa, y en donde estuviere el Obispo, reciba la bendicion del Sacerdote.* El no aber sabido comprender que aquel *Sacerdotis* se debia entender del mismo Obispo, izo que se creyese deber añadir un *non*, y decir *ubi Episcopus non fuerit*, y asi lo añadiò Graciano, y su autoridad sirvio para tener como cosa cierta que en ausencia del Obispo pudiese el Sacerdote, y debiese bendecir al pueblo al fin de la misa, y asi comenzò

(1) *Vide Constit. Apost. lib. VIII. Cap. XV. Goar. Ritual. Graec.*

comenzò el uso de esta bendicion. El dicho canon està como lo emos citado nosotros sin negacion, en todos los antiguos manuscritos, y asi debe ser, como aparece del canon 29. del tercer Concilio de Orleans.

Despues de la bendicion lee el Sacerdote èl capitulo primero del Evangelio de San Juan, en el qual capitulo se contiene el misterio de la encarnacion del Verbo eterno, el qual por compasion de los ombres descendio del cielo, se vistiò de nuestra carne, y abitò entre nosotros para iluminarnos, para sacarnos de nuestras miserias, para mostrarnos el camino del Parayso con sus penas y con su muerte. Por tanto, mientras se lee este Evangelio debemos rogar ardientemente à nuestro Salvador, que por la suma caridad con que quiso someterse à nuestras miserias, se digne no permitir que nosotros perdamos jamas la gracià, que él nos à merecido, de acernos ijos de Dios, y sus ermanos y coerederos en el Cielo. Adoramos con vivos sentimientos de umildad y de amor à èste Verbo Divino, particularmente quando el Sacerdote, arrodillandose delante del altar, pronuncia aquellas grandes palabras: *Et verbum caro factum est: El Verbo se ìzo ombre, tomó la carne umana.*

DE EL SACRIFICIO DE LA MISA.

(Discurso sacado de las obras del P. Juan Croiset, de la compañia de Jesus.)

§. I.

LA religion no tiene cosa mas santa, ni el mismo Dios pudiera azer cosa mayor, ni mas respetable, que el sacrificio de la Misa: Institucion del todo divina, oblacion santa, victima de un precio infinito, sacrificio del cuerpo y sangre adorable de un Dios ombre, Pontifice sumo, igual en todo al mismo Dios. Puede imaginarse cosa mas divina, ni mas digna de nuestro culto ? Todo esto se alla reunido en este adorable misterio. El sacrificio de la Misa no solamente ès acto de religion; ès tambien por excelencia la maravilla de la religion misma, ès, por decirlo asi, el compendio de toda la religion.

Todos aquellos augustos sacrificios de la Ley antigua, que Dios abia instituido y arreglado por si mismo, asta las mas leves ceremonias: aquellas majestuosas solemnidades que con tanta devocion se celebraban: aquella Arca misteriosa, que no era permitido, ni ligeramente, mirarla: aquel Sancta sanctorum donde el Sumo Sacerdote podia entrar una sola vez en el año y en fin aquel manà milagroso que Dios izo caer del cielo para alimentar à su pueblo; todo

ésto

èsto era solamente sombras y figuras imperfectas de la majestad y excelencias del sacrificio de la Ley de Gracia. La Misa ès propiamente el tesoro de la Iglesia: ès la obra mas prodigiosa de la sabiduria y de la misericordia de Dios.

La Escritura dice que Salomon sacrificò al Señor veinte y dos mil bueyes, y ciento y veinte mil carneros en la solemnidad de la dedicacion del Templo. La Iglesia cuenta casi veinte millones de martires, que derramando su sangre por la fè, fueron otras tantas victimas consagradas al Dios vivo. Qué onra no diera â Dios el sacrificio voluntário de todas las criaturas! Mas todos èstos actos de Religion, y aun otros muchos mas perfectos que pueden azer las criaturas mas nobles, no solo son inferiores, pero ni aun proporcion tienen con la excelencia del sacrificio incruento de Jesu-Cristo en nuestros altares. Mas onra se le dà à Dios con una sola misa, que la que se le pudiera dar con todas las acciones de los angeles y de los ombres, por eroycas y fervorosas que fuesen. La Ostia inmaculada que en ella se ofrece en sacrificio à la magestad de Dios, es de un merito proporcionado al mismo Dios à quien se ofrece.

Està Dios irritado? Tenemos necesidad de nuevos socorros? Nos aze gemir la violencia de nuestras pasiones? Nos faltan los

alimen-

alímentos con las enfermedades que nos oprimen? Debemos dar gracias à Dios por sus beneficios? O por ventura tenemos que satisfacer à su justicia? En este solo sacrificio tenemos con que acudir à todas èstas necesidades, y pagar todas estas deudas. Se alla en él un caudal inagotable de satisfaciones y de meritos. La Misa es un remedio universal, es el arbol de la vida. En ella recibe Dios los reconocimientos de aquel Ijo amado, en quien tiene sus delicias: ès una victima que desarma su indígnacion: ès un sacrificio de propiciacion que no puede menos de serle agradable.

Esta ès una de las verdades fundamentales de nuestra religion, y un punto esencial de nuestra fè.

Quales deben ser los sentimientos de admiracion, de amor, y de reconocimiento de todos los fieles, con solo acordarse de este incompreensible beneficio! Què asombro! Mas què respeto à vista de esta maravilla! Con què umildad deben asistir delante de una majestad tan adorable! Què deseo tan ardiente deben tener de participar de estos divinos misterios! Qué veneracion no deben à los sagrados altares! Qué respeto à estas augustas ceremonias!

Puede tenerse la osadìa de comparar la compostura respetuosa con que se està delante de los grandes, á la que se debe tener mientras dura éste divino sacrificio?

Por que, què semejanza ay? ò què sombra de proporcion puede aber entre el respeto que se debe à Dios, y el que se debe à los ombres? Ay onores que se deben à los Principes: y quales deben ser los que se deben à Jesu Cristo, ofrecido en sacrificio sobre nuestros altares?

II.

Mas qual debe ser la eficacia de la fe? Qual la pureza de la vida, y la eminente santidad de los ministros del Altisimo? de èstos mediadores visibles entre Dios y los ombres? de èstos Sacerdotes del Dios vivo, cuya dignidad reverencian los Principes de la tierra, y cuyo sagrado caracter es respetable à los mismos angeles del Cielo?

Pueden acercarse á los altares sin estàr penetrados de un santo terror? Pueden tener la Ostia viva entre sus manos, sin sentir los efectos maravillosos de su presencia? Moyses, del trato que tuvo con Dios en el monte, saliò con rayos de luz sobre su rostro. Puede el Sacerdote apartarse del altar sin nuevo ferbor? Sin una devocion y una virtud mas visible?

Asi lo piensan todos los ombres de juicio, instruidos en las verdades de nuestra fé: asi discurren *asta los Indios*, luego que se allan informados de nuestros sagrados misterios. Y á la verdad, aunque no se tenga sino una ligera tintura de la religion Cristiana, se puede discurrir de otro modo?

do? Pero en los que siguen èsta santa ley, no se alla quasi siempre una conducta del todo contraria?

Esos Cristianos imperfectos, que tienen una misa por una devocion cansada: esos Cristianos del mundo, que por floxedad, ó desgana, dexan de asistir á los divinos misterios: esos licenciosos, y esas mugeres vanas, que asisten à el con todo el aparato de la disolucion y falta de piedad, conocen lo que confiesan que creen? O por ventura creen lo que miran con tanta indiferencia, y aun lo que tratan con el mayor desprecio?

Los primeros Cristianos tenian sentimientos tan religiosos y reverentes de èste adorable sacrificio, que entre ellos, á lo menos, parecia vacilante en la fè el que asistia con poca devocion á una misa. Pudieran creer que estaban entre fieles, si fueran testigos de nuestra religion y de nuestras escandalosas irreverencias, mientras se celebran los misterios sagrados?

Cosa extraña ès, por cierto. Ninguna falsa religion à abido, ninguna secta, aun la mas extravagante, que no aya tenido respeto y veneracion á sus sacrificios, por supersticiosos y abominables que fuesen. El Principe, igualmente que el pueblo, no se atrevió jamas à intentar eximirse de esta ley. Entre los Gentiles ubo quien se dexò abrasar la mano, por no interrumpir ó alterar

terar con algun movimiento irregular sus sacrilegas ceremonias. La idea sola de sacrificio aze religiosos á los mas desenfrenados, aun entre los pueblos mas toscos: y solo entre los Cristianos, es decir, donde estàn la verdadera santidad y religion, à de ser donde el sacrificio del Dios vivo se trate con irrision y con escandalo?

Quantos asisten à la Misa con menos compostura que à un espectaculo? Lo cierto ès que muchas veces se està en ella con menos decencia que en una visita de cumplimiento. No son ya irreverencias mudas y ocultas: son profanaciones manifiestas. Se asiste con la pompa mundana. En otras partes la falta de devocion procura encubrirse: aqui se aze obstentacion de ella. Pues què accion ay mas respetable? Què ceremonia en la Cristiandad digna de mas respetos, y que pida mas religion?

III

Què se ubiera dicho si en el Calvario, al acabar Cristo, Señor nuestro, de espirar, se ubiera visto algun Discipulo suyo con la misma inmodestia, disposicion, y falta de respeto con que se asiste à la Misa? Quantos fueran los que se indignàran! La Iglesia le miràra asta el dia de oy como un apostata. Y que dixeran aùn los mismos que no tienen mas religion que él, mientras dura la viva y real representacion de este primitivo sacrificio?

Es

Es acaso para onrar la umildad de Jesu Cristo, que està como anonadado en èste estado de victima, el llegarse á los altares con el trage mas profano, y con una vanidad la mas mundana y soberbia ? Las pretensiones de distincion y preferencias, que en las demas ocasiones no se disputan tanto, parece que no se tratan con calor sino en la Misa. Qué delicadeza tan refinada ! Què vanidad en la ùnica muestra que se dà de religion, aun al doblar las rodillas en prensencia de una majestad tan formidable ! Sillas, almoadas, mucho mas preciosas á veces que los ornamentos que sirven al altar, todo se emplea para recompensar, por decirlo asi, á ésos fantasticos adoradores, del respeto y culto aparente que parece dán à Dios, y que en verdad mas se le dàn á sí mismos. No intento oponerme à los usos y derechos legitimamente establecidos: la Iglesia no confunde las condiciones, sino que las autoriza, y quiere el buen orden; mas podrà ver sin gemir que reynen la profanidad, la soberbia, y el espiritu del mundo mas afectado, en los actos mas esenciales de nuestra religion ?

Aunque no ubieramos tenido mas sacrificios que los que Dios abia establecido por el ministerio de Moyses, decia un Sabio, debieramos siempre asistir con reverencia, debieramos respetar aquellas carnes muertas, aquellos toros degollados y ofrecidos

al

al Dios vivo, postrarnos siempre delante de aquellos altares cargados de ofrendas y votos, y seguir quantas lecciones, quantos preceptos diò Dios à su pueblo, para enseñarle el profundo respeto con que debia asistir à èstas religiosas ceremonias. Estas no eran mas que sombras y figuras del gran sacrificio de la Ley nueva: y èsto bastaba para azerlas dignas de todo aquel respeto, y para infundir un santo terror à los que asistian à ellas. Abremos de buscar siempre exemplos que nos edifiquen, en un pueblo indòcil y tosco, para que nos enseñen à no ser impìos ? Será menester traernos siempre á la memoria éstas figuras y sombras, para azernos asistir con menos irreverencia al sacrificio incruento del cuerpo y sangre adorable de Jesu Cristo ?

Nos admiramos de los terribles azotes, de que se vale Dios para castigarnos. En verdad que tenemos en la mano el medio de aplacar un Dios irritado. La victima que se ofrece sobre nuestros altares ès muy poderosa para desarmarle; pero se ignora, acaso, el rigor con que castigaba Dios la menor irreverencia durante el sacrificio ? La Justicia Divina no á perdido sus fuerzas: la Victima divina, sacrificada por nuestros pecados, se profana, aun en la misma accion del sacrificio. La sangre del Cordero divino, derramada para alcanzar misericordia, grita contra èsta profanacion y sacrilegio.

crilegio. El erege, que no cree la presencia real de Jesu Cristo en el sacrificio de la Misa, ès impìo; pero ès menos culpable el Catolico que la cree, y asiste á un misterio tan terrible con tanta irreverencia, y falta de respeto ?

IV.

Mas de donde nace un desorden tan irreligioso, y una indevocion tan comun ? Nos falta la instruccion sobre un dogma que nos distingue de tantas sectas ? Se tituvea en un punto de fé, por el qual dieramos nuestra saugre ?, Quien nos à familiarizado con un desorden, que orroriza al entendimiento del ombre que se acuerda de que és cristiano ? Nazca de donde naciere esta abominacion de la desolacion en el lugar santo, nunca ès menos culpable, ni la profanacion menos escandalosa. Mas no es de temer que la poca decencia y piedad de los que dicen la misa, contribuya mucho à la indevocion de los que la oyen ? Un Sacerdote indevoto en el altar, aze un grande agravio à la Religion. Mientras el pueblo viò que Jesu Cristo brillaba en medio de los Doctores, quando viò que se echaba à sus pies uno de los primeros de la Sinagoga suplicandole que entrase en su casa para dar la salud à su ija, quando le vio temido y respetado en el Templo de los mismos que no le amaban; el pueblo le mirò con veneracion, le siguiò con ansia, le ourò como

à

â su Rey, y Mesias; pero quando el mismo pueblo viò à este Salvador Divino en manos de los Sacerdotes, tratado con tanta indignidad, cargado de oprobio, mirado como un Rey de farsa; y que por irrision doblaban las rodillas en su presencia, mantuvo mucho tiempo los afectos de estimacion, amor, y respeto? La veneracion que le abia tenido se convirtiô en breve en desprecio y en orror. No pudo imaginar que un ombre tratado tan indignamente por los Sacerdotes, fuese el Mesias: desde entonces le miraron como à un impostor: milagros, doctrina, y beneficios, todo se olvidò. La incredulidad de aquellos à quienes respetaban como depositarios de la fè y de la religion, pasó facilmente al espiritu y corazon de todo el pueblo; y muy luego fué el Salvador del mundo la fabula y oprobio de èl.

Què maravillas aze, què impresion causa en todos los que lo vèn, la piedad edificante de un Sacerdote en el altar, y su fè, quando su devocion la aze sensible! Todo lo que se vè azer con majestad, se respeta. Una Misa dicha con la religiosa compostura que se debe, ès como un motivo de credibilidad. Aquel temor santo, que se reconoce en el ministro, infunde en todo el pueblo un terror respetuoso: la Uncion sagrada, que la presencia de Jesu Cristo le aze sentir, se derrama en todos los que le adoran. Y puede dexar de tenerse una profunda

da veneracion al sacrificio de un Dios vivo, quando el Sacerdote que le sacrifica, no desmiente la santidad de la persona à quien representa ?

Pero quando el Sacerdote no lleva al altar otra cosa santa y venerable, sino las vestiduras sacerdotales: quando se le vé sin modestia, y sin aquella religiosa majestad que pide la celebracion de nuestros misterios sagrados: quando su indevocion conocida se opone tan visiblemente á su fé, que sino se ubiera de azer juicio sino por lo que ven los ojos, se dixera que por irrision ofrece el mas santo y formidable sacrificio: ará mucha impresion en los presentes ? alentarà su fè ? Les infundirà aquella profunda veneracion, aquel santo terror, aquella confianza, y aquella piedad que no siente èl en si mismo ?

Un angel visible, encomendado de los votos y oraciones del pueblo, su Agente para con Dios, un Depositario sagrado del cuerpo y sangre preciosa de Jesu Cristo, un interprete de sus voluntades, su ministro con el pueblo, todo esto és un Sacerdote en el altar: pero lo parece siempre ? Mas què infelicidad si no mantiene con majestad la grandeza y santidad de tan formidable ministerio?

V

La Misa es la accion mas santa, y la mas augusta de la Religion. Este sacrificio se llama accion por excelencia: mas à

la verdad, es esta la idea que nos dà de èl un Sacerdote en el altar? Es esta la que èl mismo tiene quando executa con tan poca reverencia, y tanta indignidad, la mas importante, y majestuosa accion de la vida?

Quiere Dios que estén llenos de un pavor respetuoso, los què estàn solo à la vista del santuario: *Pavète ad sanctuarium meum* (. Lev. 29.) Quiere que no entren en èl sinò con la mas perfecta pureza, con una singular modestia, una gravedad majestuosa, y una santidad eminente. Estas son las disposiciones necesarias para entrar en el Santuario: y seràn menos para subir al altar? No son necesarias aun mayores para tan augusto sacrificio?

¿Bastará leer de carrera una serie de oraciones, y seguir por costumbre un cierto orden de acciones exteriores, que el mismo Sacerdote parece que aze con disgusto, quando las aze con tan poca devocion y majestad? ¿Bastarà no omitir en el altar nada de lo que es esencial al sacrificio, y no poner cuidado en èl, aziendo despreciables, à vista del pueblo, tantas sagradas ceremonias con una indecencia irreverente? En una palabra ¿ decir la Misa con tan poca reverencia y respeto, como sino se creyera en ella?

Aprende, Israel, (exclama el Profeta) qual es el colmo de la abominacion. Un Sacerdote entre el vestibulo y el altar, donde

donde no debia tener sino los sentimientos de piedad que inspiraba el lugar santo, no se ocupa sino en deseos seculares, y en pensamientos profanos: desacredita su Religion con su inmodestia, y ya no respeta el lugar santo, que profana. ¿ De què terminos se ubiera valido el Profeta, còmo se ubiera explicado, si ubiese visto à los Sacerdotes de la nueva Ley subir al altar, tener en sus manos el cuerpo y sangre de Jesu Cristo, debaxo de las especies de pan, con tan poco respeto, y aziendo tan poco caso, como si fuera el pan comun y material ? Si los ubiera visto ofrecer éste divino sacrificio con tanta indignidad ? Y mirar una Misa como un exercicio de cada dia, y una ocupacion de cumplimiento, como si fuese puramente un empleo lucrativo: y alimentarse todos los dias de la carne y sangre del Cordero Divino, sin dexar de ser irreverentes y profanos ?

Increible parece; pero en realidad es asi: ay pocas acciones en la vida civil, que no cumpliese un Sacerdote indevoto con mas cuidado, atencion, y decencia, que lo que observa en la mas santa y formidable, en la mas importante funcion de su ministerio.

Jesu Cristo por la consagracion sucede en la Ostia en lugar del pan. ¿ Siente por ventura el Sacerdote, al tiempo de esta grande conversion, una nueva devocion, acompañada de un temor santo ? Se aumenta-

ta su respeto ? Aze las ceremonias sagradas con mas reverencia ? La diferencia en el objeto es muy considerable: se reconoce algun efecto de ella en el Sacerdote ? Tiene presente á Jesu Cristo: lo advierte ? Y si lo advierte, puede dexar de sentir mas que medianos efectos de devocion?

Qué de preceptos, qué de practicas, à qué menudencias descendiò el Señor para arreglar las ceremonias que quiso se observasen, al ofrecer el sacrificio de la Ley antigua ! Apenas bastaron libros enteros de la Escritura para señalar las reglas, y azer con ellas que se supiese lo que ordenaba. Mas quanta puntualidad exigia en la execucion ! Si no cumplieseis, dice el Señor, todas las ceremonias ordenadas, temed que caygan sobre vosotros todas las maldiciones: *Venient super te omnes maledictiones istae*. El nuevo sacrificio ès menos digno de respeto que el antiguo ? Le es menos agradable à Dios la celebridad de nuestros sagrados misterios, que la solemnidad de lo que no era mas que una pura figura de ellos?

No ay accion, no ay ceremonia en la Misa que no deba venerarse, que no deba azerse con compostura y gravedad: los signos de Cruz, las elevaciones de manos, las inclinaciones de cabeza &c. todo es en ella santo, todo es misterioso: no ay palabra que no sea digna de nuestra atencion y respeto.

Què

¡ Qué circunspeccion, què reverencia de culto, què exactitud no ès necesaria en todo lo que pertenece al divino sacrificio! En nada puede admitirse descuido: nada se puede omitir sin culpa. Un Sacerdote, que ni siquiera atiende à lo mismo que aze en el altar : un Sacerdote que no parece que dice misa sino para causar desestimacion de una cosa tan sagrada, y para desonrarla, tiene por ventura escusa ? Su prisa, para apartarse del altar, dâ estimacion à su ministerio, y à la santidad de su religion ?

Un recien convertido á nuestra Fé podrà allar un nuevo motivo de creencia en el modo poco majestuoso y devoto con que muchos Sacerdotes dicen la Misa ? Y al verles distribuir al pueblo el cuerpo de Jesu Cristo, muchas veces sin veneracion, sin devocion, ni gravedad, sentirà crecer su fé en este acto ? Sentirà una ambre sagrada de la comunion ?

Con vosotros àblo, ó Sacerdotes, que despreciais mi nombre: *Ad vos, ò Sacerdotes,* dice el señor. Y decis: ¿ Qual es el desprecio que azemos de vuestro nombre ? Aveis sido escandalo de muchos: en vosotros consiste que no sea nulo el pacto que ize con Levì, y que el altar del Señor no sea despreciado. Pues què terribles castigos no debeis temer !

¡ Qué dignidad mas alta que la del Sacerdote evangelico ! Qué ministerio mas divino!

vino! Què funcion mas santa y digna de respeto! A los Sacerdotes pertenece llevar cada dia à los pies del Trono del cordero, los suspiros, los votos, las necesidades y miserias de los Fieles: el Cielo ni se abre ni se cierra sino à su voz: Jesu Cristo obedece a su palabra. A què grado tan eminente de perfeccion obliga un estado tan perfecto! Què infelicidad si los que deben ser la sal de la tierra, se azen desabridos por falta de virtud! Si las piedras del Santuario se convierten en piedras de escandalo! Quan de temer ès que las vestiduras Sacerdotales que se le ponen al Sacerdote despues de su muerte, esten muy lexos de servirle de ornamento en los ojos de Dios! Ciertamente un Sacerdote indevoto en el altar, es una gran paradoxa para quien sabe lo que és el Santo sacrificio de la Misa.

Dicen que se aze costumbre el azer lo que se aze muchas veces. Es verdad que siendo tan limitada la perfeccion de las criaturas, en abiendose pasado la sazon de la novedad, se puede facilmente caer en el astìo La frecuencia tarde ò temprano causa desprecio, descubriendo imperfecciones antes no conocidas. Pero el acto mas augusto y respetable de la Religion: el sacrificio de un Dios vivo, cuya victima es un Dios mismo: el ministerio divino, cuya funcion respetan, y aun envidian por decirlo asi, los anjeles mismos: la presencia real de Jesu Cristo entre

tre nuestras manos: todas estas cosas no an de despertar nuestra fè? no nos an de infundir un nuevo respeto? ¿No aràn que allemos cada dia nuevo gusto en aquel Señor que desean ver mas y mas las inteligencias del Cielo? Y el descubrirnos cada dia nuevas perfecciones en este Divino objeto, no nos incitarà à tener cada dia mas temor y reverencia?

VI.

Es acaso la Misa de aquel genero de acciones cuyo merito se toma unicamente del que las aze? Pues què cosa ay en la Religion, que sea mas digna de nuestro culto! El Altar és como un Tabor: ¿debe el Salvador ser menos oido, ò causar menos gusto, por que se transfigure en èl con mas frecuencia que en el monte? Los què tienen la onra de estar mas veces en la presencia de un Rey, se acostumbran por eso á azerle la corte con menos respeto? La onra infinita que tiene el Sacerdote de acercarse todos los dias à la persona de Jesu Cristo, el privilegio de ofrecer todos los dias el divino sacrificio, puede sèr razon para escusar su poca complacencia y falta de devocion?

¿Serà una excusa mas admisible para autorizar la ligereza en dexar el altar, y la precìpitacion con que se celebra la Misa, el decir que ès por atencion a los que la oyen? Que una misa algo mas larga, esto

ès,

ès, dicha con mas devocion y respeto, cansa á los que la oyen, y aze que muchos se impacienten? ¿De quando acà la poca devocion de los mundanos, ès regla y medida de la piedad de los Sacerdotes?

Si todos los ministros de los altares dixèran la misa con la majestad y devocion que exige un sacrificio tan santo: la alta idea que formaria el pueblo de tan grande accion, serià causa de que nunca le pareciera largo el tiempo de estar en ella; antes se admiràran, como les sucedia à los primeros fieles, de que el Sacerdote pudiese dexar el altar, y de que los Cristianos pudiesen ver sin sentimiento, que se acababa la misa; mas como no ven en el altar cosa que dispierte la fè, ni que infunda veneracion: un Sacerdote poco penetrado de la santidad de los divinos misterios, unas acciones poco respetuosas, unos ornamentos muchas veces viles y despreciables; un modo de tratarlos poco respetuoso: la Misa se mira como qualquiera otro exercicio de piedad, y quando mucho como una pura ceremonia de religion, y de ningun modo como sacrificio tan Divino como lo ès. Con esta falsa idea, con esta abitual indevocion, efecto de una fè desmayada, y sostenida con la multitud de exemplos de poca edificacion: si un Sacerdote menos insensible à la presencia de Jesu Cristo, lleno de religion, ofrece con menos precipitacion, esto es,

es, con decencia y respeto èste sacrificio soberano, la indevocion de los concurrentes se cansa; no les gusta tanta fè en el altar.

A la verdad una demasiada proligidad ès repreensible; pero si ay en la vida accion que deba azerse con gravedad y decencia, y para èso observar con la mayor puntualidad las reglas, aun las mas menudas, si ay alguna que deba azerse con un recogimiento de espiritu, y una piedad extraordinaria, no lo ès el Divino sacrificio de la misa? Y para esto serà mucho tiempo media ora, para los que nunca tienen por largas las asistencias de muchas oras à los espectaculos y juègos, una infinita continuacion de azer la corte à los Grandes, una servidumbre seca y esteril en un empleo de poco gusto, y al fin una ociosidad eterna?

A la verdad ès preciso, segun parece, que sea muy ligera la tintura de religion, y muy debil la fé; y aùn que tenga un astìo declarado de Jesu Cristo, el que se cansa tan presto y juzga tan largo el tiempo de estár en su presencia. Si todos los Sacerdotes dixeran la misa como Sacerdotes, es decir, con un verdadero espiritu de sacrificio, de piedad y de recogimiento; todo el pueblo la oirìa como Cristiano.

VII.

Dìcese que si se subièra con menos frecuencia al altar, fuera menor la aceleracion para descender de èl, ès decir, que fuera el

Sacer-

Sacerdote menos indigno, segun se cree, diciendo misa ciertos dias, y no diciendola todos los dias. Se dice mas: que se le puede dar à Dios la misma onra con un amor vivo y tierno, y una umildad llena de respeto y temor. Sobre èste principio se pregunta: si les es util à todos los Sacerdotes, que viven con cuidado de no incurrir en culpas, y tienen virtud, celebrar todos los dias?: ò si muchos de ellos no sacaràn mas fruto con un medio termino entre amor y umildad, aziendo algunas veces que una de èstas virtudes cediese á la otra?; y se resuelve que èste ultimo partido ès el mas util y seguro.

Pero lo fuera sin duda si èsta umildad no fuese defectuosa, y si el bien de que nos priva se pudiera recompensar con el bien que nos promete con ésta separacion; pero quan de temer ès que el amor propio nos engañe! No ay cosa mas sutil ni mas artificiosa que el amor propio, quando intenta de lumbrarnos, y engañarnos en el discernir lo que emos de azer en los caminos de Dios.

Tenemos religion, y conocemos la perfeccion y pureza que an de tener indispensablemente todos los que suben al altar à celebrar los sagrados misterios. Què pureza de corazon! Què mortificacion de sentidos! Què desconfianza de sus propios deseos! Que vigilancia! Qué recogimiento!

Què

Qué reçato ! Para è to quantos trabajosos combates no son necesarios ! Quanto cuestan las victorias ! Dìgase lo que se dixere: no ay quien no se desaliente á èsta vista; y el amor propio, aprovechandose diestramente de èste temor, recurre à un falso pretesto de umildad, y con el favor de èsta engañosa luz de devocion nos asegura, desembarazandonos de èsta multitud de obligaciones, que nos parecen molestas.

Se resuelve no subir tantas veces al altar; pero esto ès siempre para quedarse con mas quietud y mas descanso en su estado. Estos intervalos de umildad, que pueden llamarse suspension de la devocion, dexan al amor propio tiempo para respirar: no se siente ya tan apremiado: la vigilancia y el esfuerzo tienen lugar de aflojar, y todas las pasiones de desaogar; y tanto menos desconfianza dà èsta astucia, quanto mas especioso ès el pretesto. Indignidad, temor reverencial, y respeto mal entendido: què motivos mas plausibles! Pero à fuerza de no llegarse al altar, se acerca mas el Sacerdote à Jesu Cristo ? Se conoce que los que dicen mas raras veces Misa, sean mas devotos, y menos indignos de decirla ? Los Sacerdotes mas virtuosos experimentan lo contrario. Un San Çarlos Borromeo, un San Francisco de Sales, un San Felipe Neri, un San Francisco Xavier, no juzgaron que abia en el mundo cosa que nos pudiese recompensar

pensar la pèrdida que tenemos con dejar un solo dia de ofrecer èste Divino sacrificio: y èstos grandes santos no ignoraban el fondo de indignidad que se alla en los Sacerdotes mas santos, ni el merito de una umildad respetuosa.

Esta virtud era ciertamente el motivo de reusar San Pedro que el Salvador del mundo le labase los pies; pero èsta umildad le ubiera sido muy nociva al Apostol, si se ubiera retirado con el pretesto de indignidad y respeto. No ay accion ni virtud en los ombres que pueda jamas acercarse al merito y dignidad de lo que Jesu Cristo aze por sì mismo: que cosa se puede acer que sea de igual valor ?

Mas no se le puede dar à Jesu Cristo la misma onra con un amor vivo y tierno, y con una umildad llena de temor y respeto ? Sin duda, si se àbla solamente de un fruto, por decirlo asi, que nace en nuestro suelo: mas qué proporcion ay entre la onra que le podemos dàr à Dios con todas las acciones mas perfectas, y la que Jesu Cristo dà à su Padre, siempre que se le ofrece en sacrificio sobre los altares ? Si no se ablàra sino de un acto de caridad, acaso se podria allar un acto de umildad tan perfecto, que sin que Dios perdiese nada de sus derechos, pudiese substituirse el uno por el otro; pero ablamos de la Gloria infinita que recibe Dios del sacrificio divino:

vino: y se quiere persuadir que un acto de umildad que àze un Sacerdote, absteniendose por respeto de celebrar los misterios sagrados, sea de tanta onra de Dios, como el sacrificio del cuerpo y sangre adorable de Jesu Cristo que un amor vivo y tierno áze que un Sacerdote virtuoso ofrezca cada dia en el altar ?

Claramente se conoce la desproporcíon infinita de èstos terminos. Pues por què no se saca la consecuencia de que por qualquier motivo que el Saçerdote se retire del altar, le priva à Dios de una gloria, y â sì mismo de un bien que no puede compensarse con ningun acto de virtud ?

VIII.

Pero la religion ès ciertamente el motivo de retirarse del altar ? Quan de temer ès que èsta apariencia de religion, y èste respeto mal entendido, no sean un velo para encubrir nuestra indevocion ! Y aun queremos ganar estimacion con èste pretesto !

Un respeto sinceramente religioso: una afectuosa y profunda veneracion de nuestros divinos misterios, està tan lejos de apartarnos del altar, que antes nos acerca mas à èl, por la santa disposicion en que nos pone èste amor respetuoso de subir à èl con menos indignidad.

Se tème por el amor sincero, y por el afecto que se tiene à Jesu Cristo, no sea

que

que se ofrezca indignamente el divino sacrificio. A què pureza de costumbres, á qué enmienda de vida incìta una apreension tan religiosa? Aze apartarnos del comercio del mundo: àze mortificar el espiritu y el corazon: âze ùir de todo lo que puede manchar unas manos consagradas: no dexemos el altar, déxemonos à nosotros mismos, y para èsto nada ayuda tanto como el mismo sacrificio; y èste ès el fruto mas util que puede causar èste religioso respeto.

Què error, decìa San Juan Crisostomo, el àzer por una falsa idea de respeto, mèrito del intervalo y espacio de tiempo entre una y otra comunion, en lugar de aplicarse para adquirir aquella regularidad y pureza que ès necesaria para comulgar bien! *Non munditiam animi, sed intervalla temporis longioris meritum putantes.* Si se le tiene al Sacramento de Jesu Cristo todo el respeto que se le debe, y se quiere mostrar todo éste respeto, nada debemos sentir mas, nada debe causarnor mayor dolor que el estàr privados de la mesa Divina à la qual somos convidados: *Unus sit nobis dolor ac esca privari.* Quanto mayor religion se tiene, tanto èsta separacion del altar nos debe ser mas sensible.

El Sacerdocio dà poder para subír à él todos los dias; pero impone una necesidad de que cada dia la vida sea mas perfecta. El delito enorme de los ijos del Sacerdote Eli,

Elì, por el qual fueron reprobados, fuè retraer al pueblo del sacrificio: *Peccatum grande nimis; quia retraebant homines á sacrificis Domini.*

Se conoce y se confiesa que èsas relíquias del espiritu del mundo, èsos bàstagos de las pasiones, èsas reflexiones eternas del amor propio y de la vanidad, èsos intervalos de flojedad y codicia, y al fin ése comercio con el mundo, retraen del sacrificio. Pueden verse èstos defectos con indiferencia y sosiego ? Un Sacerdote debe ser menos ombre, en quanto es Sacerdote: su caracter, respetable à los mismos anjeles, le obliga à ser santo.

Zacarías perdiò el uso de la lengua, y parecia que se abia vuelto otro ombre, solo con aber conversado algun poco de tiempo con un anjel en el Santuario. Què efecto debe azer en un Sacerdote la presencia real de Jesu Cristo sobre su altar, y entre sus manos ? Despues de aber ablado con Jesu Cristo tan de cerca, à de gustar de conversar con los ombres ? No se deberia decir de un Sacerdote que acaba de decir Misa, lo que se dixo de Zacarias: *Et cognoverunt, quod visionem vidisset in templo*: Bien se conoce con quien viene de èstar èste Sacerdote, y la vision que á tenido ?

ERRATAS SUSTANCIALES

Pag. 7. linea ultima, à la linea primera de la pag. 8. dice: *ma*-taba-*tima*. Lèase: *mataba la victima*.

Pag. 8. l. 20. dice *àzia él, destruyendo*. L. *àzia èl; y destruyendo*.

P. 12. l. 16. dice *revertirse*. L. *revestirse*.

Pag. 14. l. 27. dice *incrumentos*. L. *incruentos*.

Pàg. 59. l. 24. dice *aec* L. *haec*.

Pàg. 93. l. 8. dice *novis*. L. *nobis*.

Y sùplase la *h*. en algunas otras palabras latinas, en que se à suprimido por yerro.


LIBRARY OF CONGRESS
0 017 353 900 9